PERVIO

CIENCIAS ARTES LETRAS



SUMARIO

Ilustran en este número:
José Planas. — Dirk Kerst Koopmans. — Marina. Julio Orione.

Director
V. P. FERRERIA

Año 1 N.o 2
JUNIO 1931
Buenos Aires
20 Ctvs.

J. P.

COLABORADORES

Han Hyner (París)
Eugen Relgis (Bucarest)
Prof. H. Díaz Casanueva
María L de Moura (Brasil)
Elías Castelnuovo
Prof. Pedro B. Franco
Costa Iscar
Prof. César Godoy Urrutia
José Portogalo
Edgardo Casella
Julio Dorraine (Montevideo)
Inés Delfino de Castelnuovo
Augusto Chertkoff
Antonio Barrot
Prof. A. L. Herrera (México)
M. P. T.

Dr. Oscar Creydt
Alejandro Castiñeiras
Ildefonso Pereda Valdés
Prof. Jorge F. Nicolai
Alvaro Yunque
Alfonsina Storni
V. Fernández Cantina
Alfonso Longuet
V. P. Ferrería
Isidoro Aguirrebeña
Aristóbulo Echegaray
Dr. P. R. Falconnet
Fedor Bazarof
Dr. D. Cayafa Soca
Nathan Forge
A. Vázquez Escalante

ILUSTRADORES

José Planas
Marina
Justo Balza
Irma Ofelia Falconnet

Dirk Kerst Koopmans
Julio Orione
Pablo Siena
Kras



LA VAGANCIA

EN estos últimos tiempos, leí, al azar, que en dos repúblicas de la América del Sur, se había promulgado un decreto contra la vagancia.

Obligar a trabajar al que no trabaja es una preocupación que está muy arraigada en el hombre. Más arraigada, tal vez, que la preocupación de trabajar.

El hombre se desvive, en cierto modo, por hacer trabajar al hombre. Pero, en cuanto puede eximirse del trabajo o encajarle el muerto a su compañero de pieza, naturalmente, lo hace.

Los partidarios del trabajo comúnmente ofrecen la misma catadura psicológica. Si son dueños de un taller o de una fábrica, por ejemplo, son partidarios del trabajo de sus obreros. Si tienen una oficina o una agencia, en cambio, son partidarios del trabajo de sus empleados. Y si alquilan una sirvienta o un peón, tan sólo entonces, son partidarios del trabajo del peón o de la sirvienta.

Vale decir: son siempre partidarios del trabajo... ajeno.

El problema de la vagancia es sumamente complejo. Porque si bien es cierto que existe una vagancia desorganizada y huérfana, no es menos cierto también que existe otra vagancia organizada y magnífica. La vagancia amparada por el dinero y la desamparada por falta de rentas. El vago andrajoso y canijo y el vago rechoncho y bien trajeado.

Finalmente, existe una vagancia espiritual y mística.

Hay muchas maneras de trabajar y muchas maneras de no

hacer nada. Y muchas más aún de no hacer nada y hacer como que se hace algo.

La política, que es la que legisla y sanciona cuanto se refiere al trabajo, o la enseñanza, que lo preconiza y tecnifica, podrían servirnos de ejemplo. Asímismo, podría servirnos de ejemplo el arte o la literatura.

Porque, mirando bien: el trabajo de un diputado que dice que trabaja para que el país trabaje y prospere, ¿se puede llamar trabajo? Y el de un maestro de escuela que también dice que trabaja en el mismo sentido, esto es, preparando a los hijos de los obreros para que trabajen mejor que los padres, ¿merece el título de trabajo? Y el trabajo de un artista o de un escritor, ¿entra también en la esfera del trabajo?

Claro está: el maestro no es un obrero que trabaje con los brazos, como no lo es un artista o un político. Es un obrero de la inteligencia. No hay que negarlo. Pero, sucede que para trábajar con la inteligencia lo que se requiere en primer término no es tener disposición de trabajar, sino disponer de inteligencia. Y como el 80 por 100 de los llamados trabajadores del espíritu están desprovistos de espíritu y de inteligencia resulta que tenemos, aquí, no más, un porcentaje elevadísimo de zánganos que gozan por añadidura de una remuneración espléndida. O lo que es peor todavía: una manga de inútiles a quienes los decretos de ningún país les alcanzan.

Es difícil encontrar una ley que resuelva el problema de la vagancia. Menos, en este instante, en que ni siquiera se hálla una ley para resolver el problema de la desocupación, que es más importante todavía. Luego, en una época de desocupación como ésta, no sabríamos de qué modo se las podría arreglar cualquier gobierno que no logra darle trabajo a los que trabajan, para darle, encima, trabajo a los atorrantes.

¡Menudo trabajo le costaría!

Y es difícil dar con una ley así, porque de entrada se tropieza con esto: con la imposibilidad de trazar una línea de demarcación entre el ocio y el trabajo.

Toda ley procede, sin embargo, injustamente cuando se trata de legislar la vagancia, supuesto que empieza por no reconocer más que un tipo de vago: el atorrante de la calle. Esa desgracia humana que anda por allí con una bolsa al hom-

bro, juntando puchos o recogiendo desperdicios en los tachos de basura. Pero, éste, no es más que el Chivo de Israel, sobre el cual los restantes descargan todos sus pecados.

El atorrante, clasificado por la ley y por el vulgo, no es el fin sino el principio de la cadena de la vagancia. Algo así como el abanderado de la compañía. Tras él, viene, luego, el regimiento.

La vagancia tiene más adeptos que el trabajo. No es menester ponerse una bolsa al hombro para ejercerla. Se la puede ejercer con el mayor descaro y vivir de la mejor manera. Tanto en la administración pública como en la posesión de un título o de una herencia. En la explotación de un ferrocarril o formando parte de la Internacional de los Rufianes.

Sólo que a la vagancia le ocurre ya lo que le ocurre a la mentira. La mentira no se presenta más en público vestida de mentira. Se presenta embutida en el sobretodo de la verdad. Y la vagancia con la ropa del trabajo.

Son muy pocos los que en las sociedades modernas practican la vagancia en nombre de la vagancia. Pero, son muchos los que la practican en nombre del trabajo.

Si se hiciera un censo de los que trabajan y de los que no trabajan, resultaría, indefectiblemente, que los parásitos están en mayoría. Y como la mayoría es la que gobierna al mundo, semejante censo, posiblemente, no se llevará a cabo nunca y seguiremos creyendo lo contrario.

Además, la actividad del hombre está en relación con su capacidad y con los medios que le ofrezca la sociedad para desarrollarla. Una sociedad capaz cotiza de preferencia la capacidad y una sociedad incapaz cotiza preferentemente lo inverso. De modo que se produce, a menudo, una subversión de las aptitudes y de los valores donde los capaces quedan reducidos a la vagancia y los incapaces pasan a representar la farsa de la actividad.

Al mal camino del trabajo le ha salido el mal camino de la pereza. El hombre no aprendió aún a hacer cumplidamente ninguna de las dos cosas: ni a holgar ni a trabajar. Una de dos: o trabaja como un burro o atorra como una marmota.

La organización del trabajo es tan embrutecedora que todo el que puede zafarse del trabajo, se zafa. Y para que uno se coma dos pollos es indispensable que haya otro que no se coma ninguno.

Se necesita, no obstante, un espíritu superior para optar por la verdadera vagancia. Generalmente, se opta por la falsa que es la que más conviene a la familia y al estómago. Vale decir: el empleo público u otra forma de parasitismo que le permita al individuo substraerse al embrutecimiento del trabajo y vivir con toda decencia.

El atorrante propiamente dicho no es nunca una persona sana. Es un enfermo. O un lisiado. Algo excepcional que no interesa a la ley ni a la sociedad. El verdadero atorrante es aquel que simula trabajar. Ya sea en un aula o en una oficina o desempeñando cualquier actividad donde la actividad la desempeñan otros y no él.

Pero, la constitución jamás va a tocar a este tipo.

Es la "vaca sagrada" del sistema.

Tocarlo, significaría trastornar fundamentalmente el orden que nos rige. Se desembocaría fatalmente en la constitución rusa. En aquel artículo que dice: "El que no trabaja no come".

Y esto no puede ser. Se produciría una rebelión colectiva en la colmena humana. Todos los zánganos saldrían a la calle y habría una San Bartolomé... de trabajadores.

Por eso, opino que mientras las cosas marchen bien como marchan ahora, da gusto vivir, así, de arriba; ningún gobierno inteligente debe meterse con la vagancia... O meterse tan sólo, para despistar... A fin de que los trabajadores, las bestias de carga, los animales de tiro con dos patas, en una palabra: el proletariado, siga creyendo que la vagancia es una cosa despreciable, y el trabajo, en cambio, una bendición de María Santísima.

Elías Castelnuovo.



IZQUIERDISMO LITERARIO

CONVIENE ante todo decir que la literatura se halla en nuestro país tan enmarañada y revuelta como la política. Más aún, se le descubren ya síntomas de un estrabismo agudo, lleva un pie inmóvil y padece de gastroenteritis principiante.

Pero, como la política misma (no obstante el concepto románticamente absurdo de una diferenciación fundamental), tiene la literatura otras finalidades no tan inconfesables que digamos, que la hace hermanar, subrepticia aunque fraternalmente, con esa rama de la verborrea oficializada. Tal, por ejemplo, el caso de los literatos que aspiran a la bolilla trabajada por la amistad o el interés, a debe del futuro, del premio municipal; y los que, escribiendo un libro, buscan un empleo, una colocación espectable o al menos, la consagración estridente de los amigos periodistas, colegas, rivales o papanatas. Esta actitud de maltusianismo estético ha creado aquí una confusión evidente: nadie sabe a qué atenerse. ¿A qué escuela pertenece tal escritor?, o, ¿cómo escribe, cómo dice? ¿Es naturalista, romántico, bárbaro, dadaista? ¿Escribe por escribir o dice algo?, ¿es carnívoro o frugívoro? ¿Quieren decírnoslo?

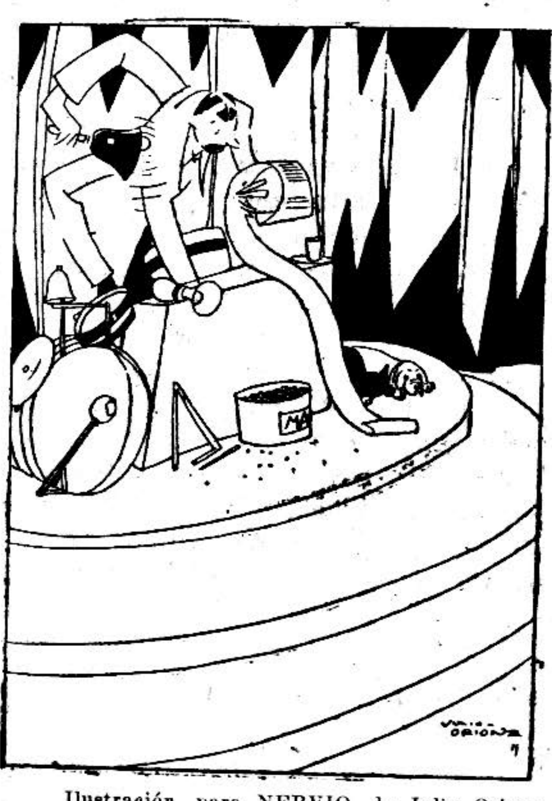


Ilustración para NERVIO, de Julio Orione

Y claro, casi nadie, sabe nada; no hay una definición verdadera, un concepto claro.

Lo que hay, eso sí, es un aparente florecimiento del espíritu (tantos libros anuales), una supuesta guerra contra la ignorancia, un reverdecer de profusas remolachas intelectuales; una marea borrascosa en el sector de los corifeos del espíritu. Existen divisiones determinadas, cenáculos de prácticas más o menos familiares, peñas de alfabetantes y engominados estéticos y proliferación en gran escala de gurruminos literarios. Personas estas que suelen exhibir la cara pulcramente rasurada, pero cuya azotea intelectual se halla a contribución y desalquilada.

A estos presuntos Eurípides se les hace en el romboide occipital un amasijo de conceptos europeos y de malas palabras criollas, y cultivan así por inadvertida predisposición natural la conjuntivitis galopante de la imbecilidad.

Pero no vamos a extendernos sobre los literatos en general, sino sobre los que cultivan en el país el sector forzosamente sombrío del izquierdismo, anticipando que le otorgaremos a esta palabra que cobija tantas otras palabras marginadas y feas, un significado, por no definido aún como se verá, sencillamente sentimental. Aunque bueno es advertir que parece el izquierdismo una reciente adquisición, una nueva postura del alma, si se quiere; pero un descubrimiento casi inesperado, reciente, teratológico, apabullesco. Un descubrimiento, por ejemplo, como el de los libros de la paz, después de la guerra.

En nuestro medio, salvo escasas excepciones, forman grupo los escritores que explotan y deforman literariamente al pueblo. Sus relatos son escuetos, descarnados, rígidos. Utilizan una fraseología burda (para gente burda) y son brochistas voluntarios de miserias; enfocadores de ese ángulo racial agazapado en la humildad, que se llama sentimentalismo. Cuando el motivo dramático se adentra en ellos hasta insinuarse patológico, vociferan que la sociedad está corrompida absolutamente, que no puede sanar y que ha sido siempre insufridamente odiosa. Ven muchedumbres, sin que se escape nadie de ellas, doblegadas bajo el restallar amenazante de los látigos, y toda la humanidad forma cola con las espaldas encorvadas, para no herir con los ojos la procesión de Bruto. Por todas partes ven esclavos totales, otean innumerables fatigas desmedidas, escuchan respiraciones con volumen de fuelle, ven llorar siempre convulsivamente, en un

llanto contínuo y cegante, que anega la vida de norte a sur en un sollozo de factura centuplicada. No olvidan tampoco la descripción del proceso enfermizo de una enfermedad llagante.

De lo que se suelen olvidar — y en esto va implícito el mayor reproche — es de la actitud vital, rebelde y obscura, del trabajador que ha roto con la palabra o con los puños crispados el equilibrio de su propia desdicha.

Cuando no es así y el escritor asalta el tema popular por el extremo de lo pintoresco, la caricatura es más lamentable: se fantasea con los motivos cotidianos, se exalta, con fervor de Arlequines descentrados, la canción del tugurio obscuro, del drama sexual y asexualizado; y el hombre bruto y compadrinamente guapo, requinta su chambergo en un sector hediondo de primer plano.

De una u otra forma, llevan su imaginación extremista, en la que a veces se oculta la realidad, hasta el extremo de la deformación ridícula. Y no hemos comprendido aún por qué no ha surgido francamente el crítico que les detenga y les despierte, humillándoles de haber ofrecido hasta allí, tan espectacularmente, el espectáculo de la debilidad.

Podría suceder, sin embargo, que incurriéramos en error, y en procura entonces de una rectificación por claras palabras ajenas, nos atrevemos a preguntar a fin de informarnos:

¿Qué fín persigue esa literatura perpetuamente sombría?

¿A qué obedece esa persistente postura dolorosa?

¿Qué se quiere dar a saber con esa exhibición de atormentados?

¿Existe un ideal detrás de todo ello?

¿Sí? ¿Quieren decírnoslo, sin malas palabras? Lo esperamos.

Y si ello sucede, nosotros haremos oir una frase agradecida y volveremos a burilar, confiados, eso que se agazapa detrás de esta frase rimbombante: el perfil de una esperanza.

Alfonso Longuet.



¿PROGRAMA MÁXINO O PROGRAMA MINIMO?

DILUCIDAR el problema que plantea este interrogante, equivale a establecer una diferencia fundamental entre los hombres que se preocupan de su propio mejoramiento dentro de la sociedad actual.

De un lado se colocan los fustigadores sarcásticos de las corrupciones sociales, que han osado salirse del cerco autoritario y han pisoteado definitivamente todos los convencionalismos para erigirse en dueños de su propia conciencia, sin el menor respeto a las múltiples imposiciones morales que pretenden regir al mundo.

En el polo opuesto se hallan ciertos intelectuales que, no obstante su superior cultura, no suelen ser ecuánimes filósofos, sino que se caracterizan como egoístas gozadores de placeres artificiosos. Estos exaltadores de la vida cómoda, que en su fuero interno han hecho tabla rasa de todas las viejas creencias, suelen afirmar que los rebeldes frugales no son sino neocristianos. ¡Como si la sobriedad fuese exclusivamente una virtud cristiana! ¿No hubo acaso antes de Cristo célebres filósofos que proclamaron y ejemplificaron la sana concepción de la vida fuera de las pompas y vanidades del mundo?

Estos ágiles y acomodaticios dialécticos se empecinan en limitar el pensamiento más avanzado de los contemporáneos reflejándolo en el Cristianismo. Que haya semejanzas en ciertas ideas o premisas morales, no es extraño, en cuanto tienen una raíz común de humanidad, que puede identificarlas, pero no confundirlas en un sistema o creencia que dogmatiza y pretende poner trabas al vuelo del pensamiento. En la evolución espiritual hay ideas fijas, permanentes, que pertenecen al torrente circulatorio de la vida de relación. Sería ilógico no diferenciar lo que es un término específico, de las particularidades filosóficas o religiosas de cualquier época o lugar.

Pero, abordando de lleno el tema, veamos, en el estado actual de la sociedad, lo que se entiende por programa máximo. Cuando no es la satisfacción exaltada de todas las pasiones so-

ciales en la pendiente irrefrenable de los vicios, es, por lo menos, el ansia de la molicie, de todo lo que es superfluo y debilita la resistencia orgánica del hombre. Y todo eso se desea, más que nada, por pura vanidad, por llamar la atención de las gentes que admiran las extravagancias y las envidian.

La ley natural impone a todos los humanos las mismas necesidades fisiológicas y afectivas. Hay quienes afirman que los seres de excepción, los artistas y los sabios, no pueden conformarse con el patrimonio común de los hombres vulgares. No entra en nuestro propósito establecer un patrón rígido, único, que sirva para el desarrollo en el terreno vastísimo de las especulaciones mentales del hombre. Lo que sí debe afirmarse, es que igual el sabio que el ignorante necesitan un ambiente favorable a su desenvolvimiento armónico, tanto en el aspecto físico como en el intelectual.

El programa máximo es el de todos los vanidosos ambiciosos, que no teniendo suficiente estoicismo para soportar la frugalidad de la naturaleza, buscan el artificio que destruye la vitalidad normal. Pero no vamos a predicar el ascetismo o la resignación contemplativa, sino que deseamos descubrir la linfa pura de la vida que corresponde al hombre en la naturaleza. La ambición del programa máximo conduce, por hipertrofia, al suicidio lento, al marasmo progresivo. Todos los sentidos se estragan por el abuso, por el ansia del goce máximo, cuyo resultado será la depravación física y la consiguiente indignidad individual y social.

Para lograr el programa máximo, la sociedad exige al hombre infinitas adaptaciones a su predominio, y el único premio que ella da a los que se conforman y no hacen la guerra a sus exigencias, es el oro, ideal del hombre social que aspira al programa máximo, el cual no es más que la exaltación del orgullo de todo lo superfluo, de todo lo no esencial para la vida.

Hay quienes afirman que no aspirar al programa máximo implica sostener tácitamente los abusos de la explotación capitalista, dar ejemplo de humildad y resignarse al estacionamiento.

Craso error es el de atribuir intenciones y propósitos arbitrarios a los que no concuerdan con las ideas del que se erige en juzgador inapelable. Ante esta actitud mental, que finca en el dogmatismo, que es siempre autoritario, ya sea negro o rojo, alzan su protesta libertaria los que conscientemente luchan por la

aspiración del programa mínimo, que es la reacción saludable contra el cieno social que amenaza cegar las fuentes de la vida, que es la sabrosa frugalidad en pugna contra la perversión de los instintos. ¡Belleza natural, opuesta a las lacras sociales!

El programa mínimo es el respeto viviente por el hombre desnudo, que lucha con sus atributos propios, que no teme a las divinidades ni a sus corifeos, que desprecia las engañosas apariencias con que cubre sus miserias físicas y mentales el orgulloso civilizado, que es frecuentemente de una vileza que no puede tener comparación con la que se atribuye al salvaje.

El hombre de programa mínimo es un hombre verdaderamente elegante; su espíritu está siempre despierto, no soliviantado por la sed de efímeros placeres. Por eso puede discurrir serenamente y adoptar aptitudes de suprema elegancia, que son todas las que están inspiradas por la distinción de la espiritualidad. Aptitudes inimitables, que no deben confundirse con las que dicta la moda, suprema expresión de la trivialidad social e individual.

El programa máximo, que conduce a menudo a la poltronería doméstica, no puede ser un ideal, porque predomina en él la impaciencia materialista grosera y no establece el armónico equilibrio que hace inseparables a la materia y al espíritu. Este equilibrio, que no tiene nada de místico ni abstruso, en lugar de coartar la inventiva del hombre, la aguza, iniciándolo en todas las bellezas asequibles a su poder.

Y para evitar equívocos, he aquí cómo habla a la sociedad el hombre del programa mínimo:

—Tú, sociedad, que eres fuerte, por la misma debilidad de tu conglomerado, ¡oh paradoja!, no me impondrás tu ley. Si te acato transitoriamente es para mejor conocerte y despreciarte. Tu programa máximo no me tienta,pues sé que por él prostituyes a la humanidad, y si yo lo ambicionase, perecería lo más noble de mi personalidad Además, no necesito tu programa máximo para desenvolverme sabiamente.También sé que tú, sociedad,tienes establecida una ley de compensaciones y que no das algo sino a cambio de sacrificios individuales. Cuanto yo más quiera obtener de ti, más exigirás de mí. Tú no me puedes dar más que oro para que yo me haga con él mi programa máximo. Yo, en cambio, te he de rendir pleitesía, he de acatar tus costumbres,

he de esclavizarme omnímodamente a tus infinitas aberraciones... Te conozco, y prefiero ser relapso y mantenerme a la defensiva, alerta siempre como beligerante. No, no soy indiferente a los crímenes que perpetras; mi voluntad está en tensión para ennoblecer mi vida y la de mis semejantes; yo les despertaré a la realidad, les haré ver cómo los prostituyes y los denigras, les haré comprender que la vida sana y libre exige frugalidad y que tus perversiones no causan sino dolor y tristeza.

Pero yo también aspiro a un programa máximo, que ha de empezar por la conquista del programa mínimo. Mi programa máximo es dar a la vida y al individuo todas las posibilidades de realización, creando el terreno de libre acuerdo, evitando las causas que hacen enemigos a los hombres, buscando las semejanzas que los unen, haciéndoles comprender las vesanías que los separan.

Para aproximar este resultado mediato, preciso es el inmediato programa mínimo. El está construído por la actividad libertaria del hombre refractario a las sugestiones y halagos sociales. La sociedad afirma sus bases tiránicas y pone en juego sus infinitas estratagemas para pervertir al hombre en la esclavitud; pero el que ha comprendido y está en guardia, no se presta a tales manejos.

El hombre **sociable**, que ambiciona el programa máximo, suele tener las facciones alteradas por desorbitados deseos, adopta fácilmente los gestos groseros de los que mandan, aunque los oculten con la mascarilla de las formas sociales, con los dictados de la urbanidad hipócrita y trivial. Es un ser triste, iracundo y soliviantado por el aguijón de todas las pasiones inconfesables...

El hombre **sin sociedad** muestra siempre en su rostro la placidez del que está seguro de sí mismo, porque lleva en su fuero interno su propia riqueza, la que siempre se acrecienta y jamás se dilapida, que es la conciencia de la individualidad biocósmica. Este hombre sencillo lleva en sus labios la sonrisa cordial, y su mano, guiada por su noble idea, se halla siempre dispuesta a proteger, ayudar, consolar y acariciar.

¡Cuán diferente es el hombre de programa máximo! A él todo le parece poco para acrecentar su omnímodo egoísmo... ¡Y menos mal si no tritura otras vidas humildes para lograr sus ambiciones!... Eso es lo que casi siempre ocurre... ¡Por no decir siempre!...

Costa Iscar.

LITERATURA

ZENON DE ELEA

¿ERA menos bello el viejo Zenón que cuando fué discípulo y favorito de Parménides y encantaba a su maestro por su inteligencia, su combatividad y sus gracias juveniles?... El peso de los años no había podido doblegar su gran estatura de campeador. Su sonrisa dejaba ver siempre todos sus dientes. Pocos cabellos faltaban sobre la frente magnífica, magníficamente despejada. Ninguna arruga, durante el reposo, cruzaba su rostro. Cuando el filósofo tendía uno de esos lazos, uno de esos obstáculos, uno de esos berenjenales, o, para decirlo en griego, una de esas aporias en que se debaten todavía, después de veinticinco siglos, y se enredan nuestros cándidos dogmáticos, el brillo y la malicia de la mirada se envolvía de repliegues radiosos. La misma irradiación desplegaba el mismo resplandor cuando, callándose al fin, esperaba en la emboscada de sus risas contenidas, una respuesta que no llegaba o que, titubeando en el ciego encandilamiento de las luces bruscas, tropezaba, caía, se contradecía y se extraviaba.

El alma belicosa de Zenón no siempre se satisfacía con las refutaciones abstractas, con los combates erísticos, de que parece ser el inventor. ¿Era menos invencible en las luchas del ágora? Su potente vitalidad se prodigaba gozosamente en varios dominios y por doquier triunfaba.

Un campo de ejercicios y de victorias le fué cerrado. Demylos (1), habiendo conseguido dominar a Elea, impuso a sus

---

(1) Adopto el nombre dado por Plutarco (In Colotem), pero Tertuliano (Apologética) lo nombra Dionisio, al tirano contra quien conspiró Zenón. En cuanto al emborronador Valerio Máximo (Libro III, cap. 3.°), conoce dos filósofos con el nombre de Zenón y que tuvieron exactamente la misma aventura: el uno con el tirano Fálaris y el otro con el tirano Nearco. Es poco verosimil que, para libertar a Elea, Zenón haya conspirado contra Fálaris, tirano de Agrigento, o contra Dionisio, tirano de Siracusa. Confrontando las fechas, lo inverosimil de tal

compatriotas el silencio político. Zenón pareció darse por completo a la física y a la dialéctica. La inactualidad de sus preocupaciones aparentes y su afectada indiferencia por la cosa pública inspiraban al tirano una creciente confianza. Con frecuencia daba a Zenón como ejemplo a los que, bajo el yugo, manifestaban alguna impaciencia.

Detrás de la altiva inacción del filósofo, el ciudadano ocultaba propósitos profundos y precisos. Ciertamente, no dejaría vivir a Demylos y a sus partidarios irreductibles. Restablecería la libertad regando el ágora con sangre más impura y más hostil que la del invasor extranjero. En la isla Meligunis, que más tarde se llamará Lípara y hoy conocemos por Lípari, reunía armas. Y encontraba secretamente los descontentos. Pero se guardaba de reunirlos. Era, entre ellos, el lazo único y ningún documento comprometía a los conspiradores. Reservándose celosamente los depresivos peligros preliminares, no exponía a sus amigos prematuramente. Sólo lo haría en la hora decisiva, durante la embriaguez y la gloria del combate. Solamente él conocía los nombres de los conjurados y el papel destinado a cada uno. Su gran memoria y su cordial prudencia le habían ahorrado escribir, ni aun en cifras, lista alguna.

Como sucede frecuentemente en las conspiraciones, Zenón fué traicionado. Los soldados mercenarios lo detuvieron en su domicilio y lo condujeron ante el tirano. Entre los esbirros atropelladores, de los cuales dos le sujetaban fuertemente los brazos, Zenón marchaba altivo, casi abstraído de la realidad, el rostro noblemente imperturbable, con un rictus apenas perceptible de desprecio. Cabeza ligeramente echada hacia atrás, párpados semicerrados, parecía mirar a lo lejos y quizá no veía nada de lo que le rodeaba. Pensaba profundamente, buscando lo que el tirano podía saber y dónde acababa su ciencia. Negar era, sin duda, posible y acaso eficaz. Pero, entonces, sería la prisión por algún tiempo y después, por un tiempo más largo,

---

aserto aumenta: Fálaris murió medio siglo antes que naciera Zenón; el más antiguo de los Dionisios nacía alrededor del tiempo en que murió el filósofo.

Plutarco, Valerio Máximo, Tertulio, que escriben cinco o seis siglos después del suceso, no indican sus referencias. Acaso el texto antiguo sobre que se apoya Tertuliano (si el apologista no hace de memoria su rápida alusión) y uno de los dos textos que supone la redacción confusionista de Valerio Máximo empleaban, como sinónimos de "tirano cruel", los nombres de los tiranos más reputados por su crueldad. Dec ían (nada en griego diferencia necesariamente ambas expresiones) un "Dionisio", un "Fálaris", donde nuestros autores han leído "Dionisio" o "Fálaris".

Me parece que no se puede dudar sino entre dos nombres: Nearco y Demylos. Por mediocre que sea a mi juicio la autoridad de Plutarco, me parece superior a la de Valerio Máximo.

las sospechas y el espionaje paralizantes. Cuando pudiese, en fin, recomenzar la acción, el temor impediría que lo secundasen. Se sentía demasiado viejo para soportar tantos aplazamientos. Prefería un combate en el que pereciese, arrastrando en su ruina los mejores sostenes de Demylos. En seguida, los partidarios de la libertad abatirían sin gran dificultad al tirano desarmado de sus amigos.

Hecha su decisión, descubrió los medios de ejecutarla. Menos altiva, su cabeza se inclinó hacia el hombro izquierdo. Miraba de través. Sus labios se replegaban y también el cerco de sus ojos; sus pupilas brillaban como cuando iba a aprisionar en su lazo dialéctico al filósofo adverso.

Los guardias lo empujaron en una gran sala casi vacía. Un trono y algunos asientos modestos eran los únicos muebles que la luz ponía en evidencia. Pero, en un rincón obscuro, una mesa extraña daba a los ojos la sensación de un enigma. Ahora ataban sólidamente los pies del filósofo y sus manos en la espalda. Lo conducían hacia el objeto indefinido y lo lanzaron brutalmente dentro del mismo. El ruido que hizo su caída, las sensaciones que le daba su cuerpo golpeado y, en fin, sus ojos que se iban haciendo poco a poco a la obscuridad, todo dijo a Zenón que se hallaba en un gran vaso de bronce. Algunas palabras le habían ayudado a comprender. Al lanzarlo en el vasto recipiente, apenas conmovido, los guardias gritaron entre evidentes mofas:

—¡Al mortero quien merece ser majado!

Casi aturdido por el choque, Zenón intentó levantarse en seguida. Pero el mortero era resbaladizo y su fondo no era nada liso. Su concavidad pulimentada no le permitía sostenerse de pie, sobre todo hallándose atado de pies y manos. Los pies, las rodillas, los riñones se contorsionaban en un equilibrio siempre inestable. El filósofo, a pesar de sus esfuerzos, conservaba, siempre resbalando, casi la actitud de un devoto que reza a los dioses subterráneos. Porque era de gran estatura, su cabeza sobresalía del mortero y su barba se apoyaba, ya tajada y sangrienta, sobre un borde delgado y cortante.

Parado cerca de él un verdugo gigantesco levantaba un enorme pisón, tan pesado que el filósofo sonriente pensaba en la maza de Hércules.

El formidable pisón da vueltas por encima de Zenón,

quien desea, un fragmento de segundo, ser aplastado de un solo golpe. Mas la maza permanece moviente y horizontal, como una amenaza suspendida. Se abrió una puerta enfrente del paciente. Para asistir al suplicio llegaba el tirano.

Demylos se sentó en su trono y se hizo conducir cerca del mortero. Dos guardianes, que sostenían antorchas, se aproximaron para iluminar el rostro del filósofo.

El tirano lo miró, mofándose, y le preguntó con voz preñada de sarcasmos:



Ilustración para NERVIO, de Dirk Kerst Koopmans

—¿Es de veras el soberbio Zenón a quien veo en esta postura humilde y penosa?

El filósofo se alzó de hombros, cuyo movimiento destruyó su equilibrio e hizo que su barba penetrase en el borde filoso del bronce. Ningún grito se le escapó. Ningún cambio deshonró sus facciones. Y dijo:

—Sólo mi actitud interior importa. No obstante la mentira de los ojos, me yergo sobre una roca firme; pero tú, tú te arrastras en el fango.

—Sé desde hace tiempo con qué espíritu niegas las realidades. Pruébame, pues, sutil dialéctico, que yo no soy tu dueño.

—¿Cómo podré yo, que no temo nada ni a nadie, tener un dueño? Pero tú, tirano, tienes miedo de morir y dependes de cualquiera que maneje un arma o pueda envenenar una copa. Esclavo tembloroso, tienes por dueños a todos los bravos y a todos los cobardes.

—Demuéstrame ahora, ¡oh el más entretenido de los dis-

cursantes!, que yo soy desgraciado mientras que Zenón goza en el mortero más que los dioses en el Olimpo.

—Dices la verdad. Los dioses necesitan el néctar, la ambrosía, los besos de las diosas, los besos de los mortales y, para variar, los fastidiosos placeres que tú denominas dicha, las caricias de algún Ganimedes. Ellos sueltan la carcajada groseramente estúpida porque un cojo cojea. Yo no necesito nada y soy demasiado altivamente alegre para descender a la chocarrería.

—Así, este mortero en el que resbalas es más honorable que el trono de Zeus...

—El loco que se burla dice la verdad cuando cree alejarse más de ella. Yo no he destronado vergonzosamente a mi padre. —Y añadió, con una ligerísima risa: — Tampoco he robado a nadie el sitio en que me hallo.

—Pero querías despojarme de mi trono.

—Para vergüenza de Demylos, Zenón comprende a Demylos. Para la gloria de Zenón, Demylos no sabría comprender a Zenón. Yo quería precipitarte del trono para que el trono quedase vacío. Acaso yo me hubiese calentado con él este invierno. ¡Es pesado un trono! Deseaba aliviar al pueblo de esta carga.

—Soy feliz al escuchar tu confesión.

—No confieso vergonzosamente. Proclamo mi propósito y lo enorgullezco. Y lo lego, como trabajo y gloria, a los buenos que me sobrevivan.

—Pero lamentas tu impotencia.

—Jamás el sabio se lamenta. Hace lo que puede. Si la injusticia de los dioses priva de eficacia su buena voluntad, él se ríe de los dioses como de los demás tiranos.

—¿Sabes los suplicios que te esperan?

—Me basta saber que tengo el valor de soportarlo todo y de permanecer siempre, aun si mi cuerpo se quejase, con el ánimo alegre.

—¡Alegre! Déjame reír.

—Siempre dejé reir a los insensatos. Ríe estrepitosamente, tú que has llorado y que llorarás. Yo, jamás he llorado, y mi alegría jamás ha producido un rumor inarmónico.

—¿Tu alegría? Me diviertes con tu alegría. Este mortero, en el que serás triturado, no sospechas aún cuán ingenioso y doloroso es. En comparación del mortero de Demylos, el toro

de Fálaris era un invento infantil. Vanaglóriate de tener la primicia de un nuevo suplicio. Se olvidarán mañana tu filosofía y tus argumentos, pero, gracias al mortero de Demylos, los siglos conocerán tu nombre.

—En el toro de Fálaris o en el mortero de Demylos, el corazón del sabio canta siempre. ¡QUE DELICIAS!

—Escucha, Zenón, y deja de hacerte el soberbio, como un valiente que se cree perdido. Me agradan los hombres valientes y, si consientes que te ame, vivirás.

—Si tú mismo crees vivir, llamas vida a una muerte putrefacta. Si crees poder matarme, llamas muerte a una vida resplandeciente.

—Comprende lo que acabo de decirte. Comprende lo que te digo. ¿Quieres vivir, vivir con honores y riquezas? Con la vida y la amistad de Demylos, te doy, entiéndelo bien; escucha el sonido del oro, cien talentos.

—Acaso quieres dar lo que en modo alguno te pertenece. Pero yo quiero hacerte una pregunta más importante: ¿Das verdaderamente, o vendes?

—Yo no vendo a nadie. Doy generosamente a mis amigos. Hazte amigo mío.

Las palabras se agolpaban en los labios del filósofo, ardientes y espontáneas, atropelladas y atropelladoras, casi imposible contenerlas:

—Vendes bien caro cuando afirmas que das.

Pero se acordó victoriosamente de su resolución cívica y de que, en el combate de formas cambiantes, la hora de la astucia había llegado.

—¿Qué es necesario — preguntó — para ser amigo de Demylos?

El tirano sonrió, discretamente vencedor.

—Guardias, sacad a mi amigo de su incómoda situación. Desatad sus pies y sus manos y sentadlo muellemente en el sitio más próximo a mi trono.

—Siempre has sido demasiado confiado — objetó Zenón.

Demylos se estremeció. Mas este hombre, célebre por su fuerza, miró al filósofo totalmente debilitado por la vejez. Aun frente a frente, la inquietud le hubiera parecido bien ridícula. Rodeado de sus fieles esbirros y ayudado por un hercúleo ver-

dugo, el forzudo Demylos puso sin esfuerzo sobre sus labios una sonrisa animosa.

—Nada debe temerse de los amigos — dijo. Y en su acento, negligencia y confianza se concordaban gozosamente.

Pero el viejo, mofándose, pronunció con turbadora lentitud:

—De los que se creen amigos, es de los que más se debe temer.

—Te he enriquecido a ti que, a pesar de tu mérito o quizá a causa de tu valer y de la envidia que inspira, fuiste siempre pobre. Te he dado, porque las promesas de Demylos no conocen el arrepentimiento, cien talentos. Era justo que te elevase por encima de los que te envidian. Es justo que me ayudes a vencer a mis enemigos, cobardes y solapados como tus envidiosos. Ayúdame, pues, a castigar a mis enemigos, entre los cuales haré sufrir, lo presiento, más de un envidioso de mi amigo Zenón.

—¿Qué deseas de mí, querido Demylos?

—Nombra a los que quieren matarme.

—Pides, mi Demylos, algo terrible.

—Te acuerdo anticipadamente cuantas gracias quieras. A los que tú amas, yo también los amo. Los que te aman me amarán también.

—Solicitas, desgraciado amigo, una cosa terrible para ti.

Demylos, palideciendo, se esforzó en balbucir:

—No comprendo en absoluto.

No obstante todas sus palabras tranquilizadoras, su corazón latía ahora con violencia. Obscuras amenazas lo rodeaban y traiciones intrincadas. Demylos sentía que las sospechas le invadían como una baraúnda de demencias. Miraba inquietamente a los guardias más cercanos, y a su capitán, y hasta al coloso verdugo, cuya maza podía caer inopinadamente sobre su cabeza. Zenón explicó:

—Se es traicionado sobre todo por los que son amados.

Un suspiro lanzó el tirano. Y su cuerpo, que se esforzaba por mantener inmóvil, hubiese querido agitarse como una bestia acorralada.

Y el filósofo preguntaba:

—¿No es mejor callarme que desgarrar el corazón de mi amigo?

—La incertidumbre es el peor de los suplicios. No me impone mayor tiempo el más duro martirio.

La voluntad de Demylos no conseguía imponer la inmovilidad a su cuerpo y a su impaciencia temblorosa. Se levantó. Comenzó a andar en la vasta sala vacía. Mientras su ademán inmovilizaba a los circunstantes, sus miradas asaeteaban con la sospecha al verdugo, a los guardias y al capitán, y pronto las apartaba temiendo dejar leer en ellas su pensamiento. ¿Monologaba o hablaba a Zenón?

—Cuando se sabe — decía, — se obra. La acción es alivio. Cuando se sabe, se venga. La venganza es sobre la llaga un aparato que, con el tiempo, curará la llaga y que inmediatamente de colocado calma su escozor. Cuando más se ha amado al traidor, más grande es el gozo de castigarlo.

El filósofo sacudía su larga cabeza con tristeza. Suspiraba. Dejaba escapar palabras imprecisas, que Demylos se esforzaba por comprender. Zenón gimió, por fin:

—¡Tu hijo, tu único hijo!... No, no puedo hablar.

El violento Demylos había detenido ya su fogosa marcha. Y gritó:

—Lo sospechaba. ¡Ah, el miserable parricida!... — El tirano se alzó de hombros: — Ah, esta sed de reinar cuando apenas se es capaz de obedecer! ¡Oh, criminal locura de los jóvenes! — En seguida ordenó: — Guardias, que me traigan a Pasicles.

Recomenzaba su paseo. El movimiento de sus piernas no bastaba al desahogo de su agitación interior; multiplicaba los gestos de los brazos que se levantaban, las sacudidas de la cabeza que se indigna o que se burla.

—¿Mi hijo?... — se mofaba con desgarrada ironía. — ¿Es realmente hijo mío Pasicles? La fidelidad de su madre fué bien dudosa. Si viviese esta demagoga obstinada, sería, con su miserable hijo, el alma de la conspiración.

Al instante, embriagándose más y más con sus palabras arrebatadas, clamaba la voz de la sangre y de su poder. Negaba que hubiese habido alguna vez un verdadero parricida. Los maridos engañados son más numerosos que lo que afirman las lenguas del pueblo. Los monstruos que matan a su supuesto padre hacen víctima en realidad a un bienhechor gratuito y engañado; terminan sobre él la rebelión, la venganza, el adulterio comenzados por su madre. Se ignora siempre quién es el padre; el hombre ignora siempre si tiene algún hijo.

Zenón objetó:

—Pero se conoce a la madre, y Orestes ha matado a Clitemnestra.

—Tú dices una ridícula leyenda, no un suceso verdadero. Tu palabra no es digna de un filósofo. Tú, que niegas los dioses del pueblo, ¿cómo te atreves a repetir los cuentos del pueblo?

Zenón guardó un silencio embarazoso, o que simulaba embarazo. Demylos, triunfante, gimió una risotada. En seguida añadió, y cada palabra nutría, como ardiente combustible, el fuego de su cólera:

—Además, tu Orestes ejecutó una venganza. ¿Y conoces, entre las voces de la naturaleza, voz más apremiante y exigente que la voz que grita venganza?

Conducían a Pasicles.

—Sujetad a ese monstruo — ordenó Demylos — y arrojadle al mortero.

El efebo, entre un retroceso de estupor y de horror, gritó azorado:

—¡Padre! ¡Padre!

Pero Demylos, con paso rabioso y voz estridente:

—Yo no soy tu padre. Ignoro de qué miserable eres hijo. Con todos mis amigos me engañaba tu madre, y con todos nuestros esclavos, y con todos mis enemigos. ¿Cuál de mis enemigos te lanzó a su seno, te ha deslizado, ¡serpiente!, en mi casa? ¡Ah, no poder hacerla triturar contigo, a tu odiosa madre, en el mortero vengador!...

Se detuvo ante Pasicles, lo observó un instante. Hizo un ademán amenazante y, no obstante, las lágrimas le punzaban los ojos.

—Lloras, padre. Estoy salvado.

—Estás perdido. Para que yo me salve. Y porque lloro por tu culpa. Los ojos de un Aquiles no saben llorar más que de desprecio, de rabia y de cólera. Lloro los ultrajes que no puedo vengar. ¡Cómo te pareces, miserable, a tu abominable madre! ¡Qué dicha, si en la tumba ve donde te hallas y lo que vas a ser! Porque, quizá ves, infame Claris, que te abofeteo, adúltera, sobre el rostro de tu hijo, sobre las mejillas infantiles, mentirosamente ingenuas como las tuyas.

Dos veces, el gesto injurioso acompañó, más sonoro que la voz, a las palabras gritadas.

No obstante sus ligaduras, el joven intentó lanzarse contra el insultador de su madre. Los esbirros lo inmovilizaron.

—¡Oh, Zeus — gritaba — venga a los muertos impotentes!

—¡Que te vengue a ti también! Al mortero, al mortero!

Ya la orden fué ejecutada. Enloquecido de terror, Pasicles aullaba:

—¡Gracia, padre, gracia!

—¿Gracia? — mofóse el tirano. — ¡Ah, ah, he aquí la confesión que yo esperaba! Verdugo, puesto que el monstruo tiene la honestidad de confesar su crimen, ahórrale todo sufrimiento y mátalo de un solo golpe.

—¡Padre, padre, soy inocente!

El pisón, manejado como una maza, aplastaba la cabeza, hacía saltar el seso.

—¡El que sigue! — decía Demylos. — Zenón, mi único amigo, en ti solo confío. Nombra uno después de otro a cada uno de los que mi seguridad exige la muerte. Que los más queridos, y por consiguiente los más falaces y los más culpables, mueran los primeros.

Durante tres días, Zenón designó para el suplicio a los amigos más seguros del tirano. La cólera de Demylos aumentaba a cada nueva revelación. Y cada vez rehusaba furioso escuchar al acusado.

—Desde hace años, tus palabras, tus ademanes, tus caricias, tus adulaciones tejían la red de mentiras donde esperabas enredarme y matarme como a otro Agamenón. Felizmente, yo sé escuchar a Casandra, quiero decir al filósofo. He destruído el sutil lazo y, desde que tus palabras se hacen oír, mi oído advertido se cierra. Silencioso o lamentando las súplicas inesperadas, no te queda, a ti que pretendías matarme, más que la muerte... ¡Al mortero, al mortero, el pérfido descubierto!

Mientras tanto, Zenón comía a la mesa de Demylos, dormía en la misma alcoba de Demylos, gozaba de toda la confianza y de todo el favor de Demylos. Más de una vez tuvo la tentación de arrojarse a su cuello para estrangularlo. Consideraba, entonces, la fuerza del tirano, pesaba su propia debilidad. Una amarga sonrisa acudía a sus labios y evitaba el ridículo de la tentativa imposible y de la derrota. A veces también despreciaba lo que hacía y, ante la acumulación de tantos asesinatos, su alma retrocedía con horror tardío. Se reanimaba con nausea-

bundo brío haciéndose afirmaciones interiores, violentas como espolazos. El tirano era el enemigo universal y sus cobardes sostenes debían ser destruídos. Era necesario agrandar alrededor del monstruo el desierto en el que otros le harían caer. Además, abatir por el tirano mismo los que le sustentaban, encantaba a la malicia del viejo filósofo. Cuando sus escrúpulos se hacían demasiado apremiantes, como un vomitivo, los acallaba con esta sentencia: "Puesto que acabará con mi propio suplicio, la aventura encierra belleza y nobleza".

La noche del tercer día, Demylos, a quien los asesinatos daban hambre de continuarlos, preguntaba aún:

—¿Quiénes son mis demás enemigos? Nómbramelos.

Zenón dejó escapar de sus labios esta frase negligente:

—No te conozco más que un enemigo de alguna importancia.

—¿Su nombre? ¡Venga enseguida el nombre del miserable!

—Se llama Demylos. Nadie te ha hecho ni te hará jamás tanto daño como ese abominable Demylos. ¡Al mortero, Demylos!, si eres justo.

El tirano miraba a Zenón con ojos de demencia. Y trataba en vano de hablar. Y llevó una mano a su garganta, súbitamente obstruída.

Zenón continuó, con sonrisa de iluminado:

—Te he dicho lo que debía decirte. No obstante, mi lengua me servirá todavía una vez.

Con dentellada heroica, cortó su lengua. Un salivazo de sangre la lanzó al rostro del tirano.

Demylos, a quien el furor estrangulaba, ordenó con signos que se lanzase a Zenón en el mortero. Y sus gestos exigían que el suplicio se prolongase.

Se prolongó, en efecto. El pie derecho fué triturado lentamente y después el izquierdo. No obstante, el filósofo pensaba: "Sé mantenerme feliz mientras me halle aquí. Pero, ¿no estaré ausente antes que lleguen los últimos temblores de mi cuerpo? En cuanto mi voluntad se apague, este absurdo, este cobarde cuerpo, ¿no arriesgará el gemido y el estertor del dolor agónico? Debí, mientras tuve lengua, advertir al tirano que gemidos y quejas no me pertenecían."

Tuvo la idea de retener su respiración. Así abreviaría el su-

plicio, conseguiría quizá robar al enemigo el goce de un grito o de un suspiro.

El pisón volvía a su derecha, desgarraba el tobillo, machacaba los huesos y, en la masa de la pantorrilla, trituraba las esquirlas. El horrible sufrimiento, ¿no iba a ser, por fin, muerte y liberación? Zenón, con los ojos desorbitados, se hallaba en tinieblas. Tenía la sensación de una caída lenta, interrumpida, agarrándose a los bordes del estrecho abismo; las asperezas rocosas o los arbustos espinosos parecíanle las causas del desgarramiento de sus heridas detenidas, suspendidas en el vacío. A pesar de esta sensación, su cabeza sostenida por su cuello alargado y adelgazado, continuaba descendiendo. A veces, las tinieblas universales se conmovían y se iluminaban con un relámpago. Zenón repetía, casi con voz imperceptible: "¡Felicidad, felicidad!" Pero ni esta palabra ni ninguna otra tenían ya sentido en su espíritu. Ahora, su voluntad desfalleciente olvidaba retener su aliento y su jadeo.

Y he aquí que sus oídos, llenos de un zumbido de tempestad y de agonía, escucharon un nuevo tumulto, y su conciencia, casi apagada, comprendió en un sobresalto, que este rumor venía de afuera. Algo de vaga energía lo reanimó, una especie de obscuro despertar y una avidez de comprender. Su esfuerzo, victorioso un instante, pudo ver el exterior. Irguió su arrastrado magullamiento y, como si su esfuerzo hubiera durado tres días, consiguió apoyar su barba en el borde tajante del mortero.

Las puertas se abrían o caían deshechas con gran estrépito. Hombres y hombres se precipitaban en la vasta sala, y siempre más y más hombres. Armados, se lanzaban contra Demylos y contra los esbirros. Zenón, con una voluntad desmenuzada y rampante como sus pobres piernas, conseguía mirar hacia afuera. Pero, ¿llegaba a ver?...

Y los ruidos exteriores, al entrar en su desequilibrio y en su asco mortal, al mezclarse y perderse entre los zumbidos de su agonía, ¿no se espantarían, hasta dejar caer toda su significación en el abismo?... Comprendió que, sublevados por las espantosas crueldades de que era instigador, los ciudadanos gritaban: "¡Muerte a Demylos, el loco peligroso, y muerte a Zenón, el sabio temible..."

Sus ojos se cerraron bajo el dedo de Tanatos. Un vértigo hacía que todo rodase en espantoso balanceo detrás de su fren-

te y detrás de su pecho. Su cabeza se abandonó, y un estertor inconsciente se escapó de sus labios agónicos. Zenón se llevaba visiones confusas. ¿Había distinguido, en su tumulto atropellado, a Demylos muriendo, o al colosal verdugo que, volviéndose loco como un tirano, se lanzaba en la refriega y aporreaba al azar a los esbirros y a los rebeldes?...

HAN RYNER

París, Abril 1931.

De una obra en preparación:
"EL TORO DE FALARIS"

Tradujo Costa Iscar.



Ilustración para NERVIO, de Dirk Kerst Koopmans

NUEVO AUTO DE FE

EN la vieja y "muy católica" España la multitud ha querido quemar iglesias. conventos y capillas.

Algunos protestan escandalizados de estas "muestras de barbarie", pero con evidente mala fe, toda vez que no fué la destrucción de los objetos de arte el objetivo expreso de una muchedumbre ansiosa de protesta.

Poco teme a su Dios un pueblo que se rebela contra sus sacerdotes e incendia sus templos, y verificar esta sencilla realidad hubiera sido más interesante que enunciar vagas censuras a una manifestación colectiva que supone liberación de dogmas ancestrales.

Pero, al margen de ello, no podemos olvidar las quejas de los que comprueban que mientras en Sevilla ardía Zurbarán por los cuatro costados, en Berlín se vendían dos Van Dyck por unos miles de libras esterlinas. Y no lo olvidamos, como que va en ello una razón de "cultura", aunque a Van Dyck se le estime en los treinta dineros de la farsa.

En cierta ocasión, un fervoroso católico (quince peregrinaciones a Luján), nos alegó, con toda la convicción de su esferoide microcéfalo, que la religión era indudable por sus catedrales, por el lujo de los ornamentos, por los tesoros de su pertenencia, que demostraban, en suma, el aporte del genio y de la fuerza, como su mayor afirmación. Y pensamos desde entonces, tristemente convencidos, que hay muchos simples de esta naturaleza cuyo único auto de fe es la confianza que depositan en el esfuerzo ajeno, en cuanto tenga aparatosidad y proporciones.

Las obras de arte, así, pendientes de los muros de las iglesias, desempeñan una función proselitista cuyo alcance es fácil sospechar. Las admiten los creyentes, en su gran mayoría, no porque sean realmente obras de arte, sino porque adulan al sentimiento religioso con la perfección de sus trazos y su logrado simbolismo. Nada de extraño tiene, pues, que sufran las alternativas de este mismo sentimiento.

Por su parte la Iglesia ha tenido buen cuidado de fomentar un culto de fetiches con imágenes, cuadros, etc., y este fanatismo podría darnos la clave de ciertas manifestaciones. Al no ser garantía de dignidad y conciencia, porque está reñido con el raciocinio, el fanático es pro-

penso a reacciones extremas y contradictorias. Y es evidente que el raciocinio atenta contra la estabilidad de la Iglesia.

Los hombres pretendidamente cultos y eruditos, que admiran el esfuerzo humano por la belleza y superación que evidencia, y que son los que ensayan ahora, con equívoca prescindencia religiosa, el reproche y la amargura ante la destrucción inevitable, son los primeros culpables de ello, como que son, igual que muchos artistas, prostitutos del arte, en su mayoría, y lo fomentan y consideran sólo en un aspecto determinado y de subalterna aplicación.

Los museos tienen, o ha querido dárseles, alguna finalidad: precisamente, demostrar diversas técnicas y presentarlas como acervo humano de cultura.

No procurar atesorar en ellos ciertas obras de arte, diseminadas en lugares inapropiados, o marchar a la deriva de hechos consumados, sin intentar la rectificación oportuna, amengua el derecho a la protesta.

Y no sólo es discutible la propiedad absoluta e interesada que la Iglesia pretende, como patrón, sobre la obra inteligente que se reconoce como patrimonio de la especie, sino que este mismo derecho, por la constitución peculiar de la iglesia, es más discutible aún, pues que radica en realidad en el predominio que ella ha procurado en todos los tiempos, por la ostensible intriga y obsecuencia, y el fanatismo irracional que fomentó y pudo culminar en la santa y añorada Inquisición del siglo XV.

El artista, por lo demás, sólo es intérprete de su propia emoción estética y juzgamos un prejuicio creer y afirmar que esta lograda emoción pueda constituir el patrón único e insuperable de la inquietud humana.

El tiempo, que impone obligadas transformaciones, aceptadas por todos en definitiva, debiera convencernos de la inutilidad o perjuicio de rendir excesivo culto al pasado, aun bajo la forma de una bella expresión de arte.

V. P. Ferrería.

ENSAYOS

FERNANDO CROMMELYNCK

ENTRAÑOLOGO DEL AMOR

Si fuera un creador agotado y caduco, podríamos dibujar un ciclo de su obra, mas, como a pesar de sus grandes realizaciones se halla aún pletórico de energías, hemos de dejar abierto el bosquejo y, en vez de trazar un círculo o un cuadrilátero, delinearemos un triángulo. Un triángulo que una tres puntos cardinales de su cosmos dramático.

Y justamente, en consonancia con esos tres puntos, le adjudicaremos el título de entrañólogo del amor.

El primer punto cardinal, acaso pueda ser tildado de arbitrario por algún buen conocedor de su obra, pero los otros dos, en cambio, no admiten discusión ni enjuiciamiento, tan definitivos y propios son sus contornos.

En puridad, y si nos atuviéramos estrictamente a su colocación temporal, el primer punto enunciado debiera ser su primera pieza, "Le Sculpteur de Masques", un poema en un acto que vió la luz el año 1906, hora auroral de Crommelynck, aunque sólo fuera un anticipo de lo que había de realizar después. En el mismo año, "Nous n'irons Plus au Bois", un acto. En 1911, ofrece otra versión de su obra inicial, "El Escultor de Máscaras", extendida a tres actos, representada con éxito relativo en Le Gymnasse de París el 11 de Febrero.

En 1913 afronta nuevamente el veredicto público y crítico en el Theatre Royal du Parc, con otra pieza en un acto, "Le Marchand de Regrets", que tampoco logró los honores de gran "succés".

Pero el 20 de diciembre de 1920 conquista su primer gran éxito, y uno de los más legítimos en los años de posguerra, con su farsa desconcertante y maestra "Le Cocu Magnifique". Mas, puesto que este acontecimiento significa el cenit de su vida artística, hemos de buscar lo que llamaremos el norte, ya que hemos invocado la geografía.

En nuestra opinión, este lugar corresponde a "Les Amants Puérils", comedia en tres actos, no obstante haber sido estrenada algunos meses después que "El Cornudo Magnífico", el 14 de marzo de 1921, en el prestigioso escenario de La Comoedie, con la dirección del gran F. Gemier.

Si bien esta obra sólo pudo representarse luego de la consagración de su autor, en cambio había sido escrita entre los años 1911 y 13, es decir, en el período inicial.

Tales son las razones por las que destacamos esta pieza como punto de partida para nuestro ensayo. Y puesto que tenemos dos extremos de una recta, busquemos el otro que nos permita formar el triángulo, y el cual nos lo dará "Carine ou la jeune fille folle de son ame", representada por primera vez en el teatro de L'Oeuvre en diciembre de 1929, en el mismo escenario y nueve años, menos un día, después que su hermana mayor "Le Cocu Magnifique".

A través de estas tres piezas, tragedias casi, diríamos, el "lei motiv" capital es el amor, tratado a máxima presión.

Hay en "Los Amantes Pueriles" un conflicto central, el que da título y andamiaje a la obra, y otros de menor relieve aparente, mas tan significativos como el primero.

Walter y Marie Henriette, él, un adolescente que promete un hombre de temperamento, y ella, una mujercita de 14 años, apasionada por el muchacho,quienes no pudiendo vencer la oposición de los padres y ante el temor de ser nuevamente separados, acaso para siempre, buscan la muerte en el mar; él, desesperado, y ella, sometida a su voluntad, exclamando puerilmente: "¿Por qué tanta prisa en morir si mañana aun no seré fea?"

Esta es la parte sublime, pero, a su lado, otras criaturas, un proxeneta, una mujer en pleno climaterio y un extranjero, alucinado por la sugestiva figura de la dama que huye de la luz para ocultar su ruina física, luchan también rabiosamente con el amor, pero con exasperación y deseos brutales, dualidad de sentimientos que siempre encontraremos en Crommelynck, corriendo paralelos a las más legítimas pasiones.

"El Cornudo Magnífico", su obra más difundida, tiene una accidentada historia entre nosotros.

Fué dado a conocer por su lanzador Lugné Poe, el meritorio director de L'Oeuvre, en su temporada del Cervantes, mediante una lectura animada, por no decidirse a presentarla al públi-

co de Buenos Aires, dada su crudeza, y poco más tarde, en aquella ruidosa temporada de teatro realista que tuvo lugar en el Argentino, mas cercenado y deformado y con actores incapaces de un cometido tan serio. Luego, De Rosas ofreció nuevamente una versión cuidada en el Cervantes, que el público acogió con un pateo formidable.

Esta discutidísima farsa ha tenido la rara virtud de provocar a su paso tempestades, timbre inequívoco de su alto mérito.

No pocos críticos le asignan el honor de ser el nuevo Moliére, haciendo emparentar su héroe famoso con el inmortal Sganarelle, aunque entre ambos median grandes diferencias psíquicas, pues, mientras el de Moliére responde al patrón universal del cornudo, el de Crommelynck acusa otros perfiles, es más cerebral y sensible, más intelectual en suma.

Su amor, próximo a demencia idolátrica, lo lleva a pregonar los hechizos de su mujer, y cuando alguien acierta a valorarlos surge el fantasma de los celos y la obliga a vivir recluída y enmascarada. Pero los mosquitos del clásico le zumban constantemente y le exasperan, hasta el extremo de obligarla a que se entregue a cualquiera, pues la prueba de su deshonor le hará la vida menos insoportable que la duda. Y luego, no el contacto con un hombre, sino con todos los del lugar, aunque fuera necesario que todos los hombres del mundo le engañaran a sabiendas, para recobrar la calma. La imaginación aprensiva, hija de un amor inmenso, degenera en afección patológica. Y ella, criatura sublime, de la familia de las Ofelias — con la cual ha querido crear el autor, según Giménez Caballero, un símbolo de Bélgica, poseída por muchos, pero por ninguno comprendida — se somete a todas sus irracionalidades por amor a él, soportando la impudicia y el repudio.

A su vera, entre desazones y torturas, el deseo de los otros, el apetito brutal de todos, aúlla a su paso, y como lobos hambrientos se precipitan sobre la presa, fácil, gracias a la locura de su dueño.

Nadie es capaz de comprenderla. Sólo uno, el más bruto, el boyero cerril, acierta a robarla y llevársela sobre sus robustos hombros a su cabaña, en medio de los montes.

Tampoco es el amor inteligente, pero es el instinto sencillo y arrebatado de los simples, que tanto se parece a la pasión exaltada de los cultivados.

Corine es la heroína de amor que corresponde al Petrus de la obra antes citada. Un amor de idénticos quilates, pero en femenino, por consiguiente, más exquisito y delicado.

Enamorada desde su infancia del hombre con quien se ha casado, a pesar de la oposición de los parientes, dueña, al mismo tiempo, de un amor legítimo y exaltado a la máxima potencia, no puede soportar tan elevada tensión.

Ha reunido el autor a los protagonistas en un castillo medioeval, donde se celebra, después de una cacería, una fiesta orgiástica, casi una bacanal, y los personajes arden todos en la llama erótica.

Una mascarada con disfraces idénticos es buen pretexto para que cualquiera se solace con quienquiera; cubiertas las caras, toda la carne es igual: el montero a la condesa, la cocinera al dandy.

La madre de Corine, en el ocaso de la última juventud, ha querido morir arrastrando tras sí al amante que ya sólo accede a sus requerimientos eróticos con la mirada puesta en la hija, y ha de ser la misma madre la que invita a la hija a prolongar su dicha ficticia, permitiendo al amante suponer que al cabo ha de lograrla.

Entretanto, otras mujeres voluptuosas y casquivanas, incitan al flamante marido — fiel a su amor, excepto una vez que no pudo desdeñar las concesiones espontáneas de una amiga ligera, cuando la amada sublime estaba encerrada en un convento — a traicionar a su compañera, y las intrigas se precipitan ofuscando al par de enamorados, ya de por sí deslumbrados, hasta conducirlos al amor insuperable, el amor en la muerte.

Obra de análisis profundo, de exaltación del amor, de caracteres definitivamente trazados, produce esa tensión peculiar de su autor, las reacciones que sólo alcanzan los grandes maestros.

Su "premiere" fué tumultuosa. La inteligencia y la beocia, la tolerancia y la intransigencia, se manifestaron ampliamente, pero, entre el ruído de la pelea, se eleva la figura gentil de Corine hacia el Olimpo, donde moran las criaturas imperecederas.

Teatro de minorías, sin duda, si bien no lo es por limitación o brumosidad — caracteristica esta de casi todas las obras de vanguardia — sino porque el grueso público, de moral añe-

ja, no es suficientemente comprensivo para aquilatar las grandes muestras de arte.

Tiene la virtud de cautivar a los buenos captadores, de provocar tolvaneras entre los pacatos y filibusteros.

Crommelynck, que muchos tienen por belga, ya que casi toda su vida y su obra transcurren en Flandes, es, según declaración del mismo, nacido en Francia, y domina el lenguaje que emplea tan ampliamente que su prosa resulta tan personalísima como las almas que amasa en su cerebro.

Pocos autores han obtenido una notoriedad tan universal como él, pero menos, asímismo, tan combatidos y mal interpretados.

Por ventura, aun podemos esperar otras obras suyas los jóvenes, los que comprendemos su mensaje, y aplaudirle y ahogar con nuestro jubiloso clamoreo el murmullo del rebaño.

Isidoro Aguirrebeña.

ESBOZO DE UNA TEORIA DEL PSIQUISMO

ANTES que una fundamental distinción, existe sólo una diferencia aparente entre los conceptos religioso y científico de la vida.

El concepto religoso (y entendemos por tal lo que relaciona y enlaza al hombre con la eternidad, o Dios) establece en cada individuo su propia alma como factor determinante de sus voliciones y esta alma como proveniente de Dios. En ella, pues, estaría condensada la inteligencia, que nos singularizaría de las demás especies, o, dicho en otros términos, la "chispa divina" que nos lleva a evolucionar, principalmente, en un sentido moral. Bien que esta moral sea relativa e indefinible y en realidad no se vislumbre con caracteres propios y precisos, sino como algo manifiestamente equívoco, de constitución morbosa, y característica, por tanto, de individualidad anormal. Bien, por otra parte, que aquella evolución no se afirme por sí misma y precise, en cambio, del accesorio moral, para subsistir, no obstante, precariamente, demostrando ello la endeblez y arbitrariedad de la presunta civilización que nos amolda y a la que nos amoldamos

El concepto científico, por lo que le atañe, si bien no reco-

noce abiertamente este origen divino, estudia los actos de la voluntad, tal vez por analogía de método, como provenientes del sujeto mismo, y ello obliga a suponer en su constitución física el órgano motor o sensorial capaz de accionar y cumplir los resultados que se analizan.

Como se desprende del inevitable cotejo, la causa que en el orden científico motiva diferencias de rendimiento o intensidad de manifestación, como, también la determinación de estas mismas, tendría, en algún sentido, las características del alma del religioso y ambas tendencias pueden alegar, y se inculpan, desplazamiento interesado, desde que descansan, en realidad, sobre idéntica base supuesta, cuya esencia se desconoce.

En principio, la concepción religiosa del origen divino del ser humano deberemos descartarla, pues que, no sólo no conforma su convencional empirismo, sino que éste no resiste a un elemental análisis.

Si Dios, todo Perfección, crea un alma en cada individuo, la Creación se realizaría una vez más en cada ser y supondría, desde el punto de vista teológico, la propia imperfección de Dios, pues que precisaría realizar algo de que antes carecía y se demuestra necesario, mientras sobreviva. Si el alma, en otra forma, fuera elemento integrante de El, y esto es más razonable preferirlo, significaría, aparte la objeción anterior, una evolución perfectamente innecesaria a Dios. En ambos supuestos, esta misma evolución, con respecto al alma humana, al tener como única finalidad la perfección absoluta, vale decir, identificación con Dios mismo, pues que no sería posible la simultaneidad de dioses todopoderosos, desvirtuaría y anularía el carácter individual del alma, como se desprendería de que ella sola adquiera virtudes cuyo goce disfruta, o castigos que ella sola se acarrearía, según lo definen los dogmas religiosos.

Por su parte, la investigación científica, más prudente en sus afirmaciones, porque requieren la demostración experimental, ha tratado de explicar su concepción humana mediante varias teorías, de las cuales la más acertada parecía ser la de que cada germen vital encerraba consigo el de su descendencia. Esto, no obstante su relativo convencimiento, fué desestimado merced a un razonamiento que citaremos ahora, porque dará la pauta de un método de eliminación que hemos de aplicar en nuestro propósito de orientarnos en lo desconocido.

En primer lugar, el individuo contiene y expulsa incontables gérmenes y no todos se reproducen, y aunque fuera uno solo, habría que suponer en él, como contenido también, el germen vital de los sucesivos seres hasta el infinito, puesto que no habría causa natural y espontánea capaz de esterilizarlos. Como se desprende, la imposibilidad de aceptar estos términos es cuestión de espacio.

En resumen, limitada esta teoría, como las restantes científicas, a la vida animal, de forma puramente física y de reacción mecánica, queda siempre latente el factor inteligencia, que Freud, (lo citamos por su mayor autoridad en la materia), ha querido localizar en su llamado subconsciente, o alma, que aun así lo define.

Hemos, pues, de analizar las conclusiones a que arriba, primero porque no superaríamos su método de investigación, ni de poder hacerlo dispondríamos de espacio, y, últimamente, porque es quien con mayor agudeza y valentía ha conseguido develar en parte su misterio.

Freud admite que en nuestro psiquismo hay lugar para todas las antinomias y tal vez una manifestación determinada sea debido al ocultamiento de la contraria, latente. En tal forma lo admite, que la respectiva y consiguiente autodeterminación sería, a su entender, la única hipótesis razonable en la formación de los sueños.

Esta teoría es similar, inversamente, a la que enuncia del recuerdo (cada recuerdo ocupa un lugar en nuestro psiquismo), y ambas se complementan con la armonía necesaria.

Pero, en la manifestación de un sentimiento determinado existe una intensidad de múltiple graduación. Entre el amor y el odio, por ejemplo, o en uno de ellos simplemente, cabe admitir en lógica tantas fases emocionales cuantos instantes infinitesimales se suceden en el tiempo, y como contribuyentes a este resultado, además, otros sentimientos originales en idéntica fuente, y no fáciles de confundir con el amor ni con el odio.

Así, de acuerdo con la teoría de Freud, que impugnamos, habría que suponer un lugar o núcleo motor a cada una de estas múltiples formas, pero, la misma relación establecida entre manifestaciones extremas y la influencia de otros factores, también psíquicos, acaso determinantes o decisivos en el predominio observado (a los que habría que atribuir, en cambio, absoluta

prescindencia, si somos consecuentes), nos inducen a considerar nuestro psiquismo no como una potencia de diversa exteriorización, sino como un complejo sensible que **reacciona natural y automáticamente** a las **sensaciones externas.**

Algo de esto es lo que anticipa el mismo Freud, aun sin sospecharlo, pues de percatarse hubiera merecido su análisis.

En los muchos ejemplos que cita como presunta demostración de una actividad subconsciente como origen de los sueños, podría formularse esta pregunta que conmueve la teoría que deduce:

¿Por qué causa, si no externa, empezamos a soñar **con la antelación necesaria** para que coincida el final del sueño, **más** o menos extenso, con el acontecimiento exterior al que se relaciona?

La respuesta que intentaremos podría explicar y definir, a la vez, la contradicción en que Freud se repliega, cuando comprueba que el inconsciente es consciente, a pesar de todo.

¿Sería descabellado suponer que el hombre carece de alma y la inteligencia, que tuvo principio de manifestación, tiende a eliminarse con su mismo ejercicio, como característica transitoria de la especie?

V. Fernández Cantina.



Ilustración para NERVIO, de Dirk Kerst Koopmans

¿Y ESTO ES HOLLYWOOD?

CIUDAD sin alma, ciudad artificial y vacua, en la que todo es ficción y mentira, parecería que se le hubiese infiltrado hasta la médula esa farsa que constituye el espíritu del cine.

Su vida misma es una película. Película es la forma, el fondo y la esencia de esta vida engañosa y falaz que viven estos seres aniquilados que son los artistas, pobres peleles que ya no vibran porque agotaron su propia sensibilidad en la difícil disciplina de la simulación.

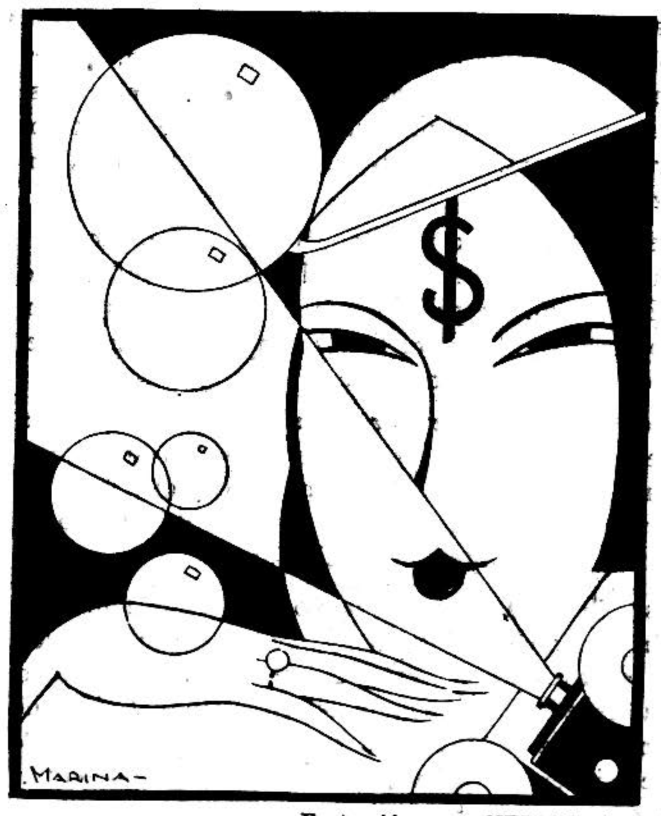


Ilustración para NERVIO, de Marina

Prisioneros entre las garras de la farsa, obligados a encarnar los personajes más diversos, mudaron tantos caracteres y temperamentos en sus múltiples papeles, que olvidaron ya cuál es el suyo, el verdadero. Traspapelaron hasta sus sentimientos, y triunfando en el arte de fingir, caen derrotados si pretenden sincerarse.

Vivendo en casitas de juguete, hechas de madera y estuco con colorinches, igualitas a los decorados de las películas, han prolongado hasta el hogar la vida del "studio", y allí, como aquí, siguen representando la eterna comedia de la felicidad en la que cada día repiten el mismo "happy-end" del beso final; ese beso mentiroso y largo, tan largo como lo ordena el director...

Por eso son tan pocos los artistas que llegan a hacer una familia. Y por eso, también, son tantos los que la deshacen...

Mutilados de la sinceridad, inválidos de los sentimientos, sólo cuando los embellece el maquillaje y la luz de las cámaras, esos pobres muñecos cobran vida y se animan, inyectados del idealismo que exalta a sus personajes. Pero en cuanto se apagan las luces y se limpian el maquillaje quedan de nuevo convertidos en pobres sombras, con sonrisas y gestos que parecen muecas estereotipadas.

Y esa mentira, esa falsedad, forma aquí como un hálito espeso que lo satura y envuelve todo. Es la atmósfera de Hollywood. Es algo que se palpa y que se siente, flotando entre todas estas cosas aparentemente bellas y aparentemente alegres que componen la vida de esta ciudad.

A los pocos días de estar aquí, entre los múltiples halagos con que lo reciben, en las fiestas y en los agasajos, uno advierte la ausencia de esa vibración esencial que da la sinceridad. Se trasluce claramente el móvil, el deseo de ser grato al periodista... Hay más interés que simpatía.

Basta llegar aquí para que todos y cada uno se apresuren a invitarlo, rivalizando en atenciones y obsequiosidades. Parecería que los astros y las estrellas no hubiesen hecho otra cosa que estar esperando la llegada del visitante que viene desde otro continente para manifestarle su amistad y afecto. Pero nada de eso es sincero Todo va con miras a la publicidad...

Sistematizando así su vida, sobre principios tan estrechamente utilitarios, esta gente vive más allá del corazón y los sentimientos. "Miden" cada amigo de acuerdo con la utilidad que pueda rendirles, y, además, van eliminando los que dejan de serles necesarios... A medida que van ascendiendo en su carrera, van olvidando a los que quedaron abajo, para conquistar otros nuevos, de acuerdo con su rango... Y algunos, ¡hasta eli-

minan a sus parientes! Son muchos los que cambian de esposa a cada aumento de sueldo...

Hollywodd. Ciudad de ilusión y Meca de los ilusos, es así, también, la ciudad de los desilusionados... Ellos forman aquí la enorme legión de los triunfantes y los fracasados; que tanto unos como otros saben de la enorme amargura que encierra esta vida, lo mismo en el éxito que en el fracaso, tanto en la fama como en el anónimo. Todos son víctimas por igual.

Como las pompas de jabón del ejemplo clásico, Hollywood es también una belleza tan endeble como realidad que es mejor admirarla como mentira, aceptarla así tal cual la vemos desde lejos, y no tal cual es en sí misma, porque no puede resistir al menor análisis.

Con todo, Hollywood posee el don de ser una ciudad milagrosa, que día a día realiza para el mundo la transfiguración de lo vulgar en lo ideal, de convertir lo humano en lo divino.

No importa cómo sea ella misma. Al fin, la virtud no es indispensable a la belleza. Mucho más cuando hasta la virtud es tan admirablemente simulada como lo hace Hollywood, cortesana con apariencia de madonna.

Por eso quiero irme de Hollywood, para volverla a ver de lejos, para no acordarme de que la conocí por dentro, para seguir queriéndola y admirándola ahora que conozco sus secretos y que sé de sus verdades... Ahora la comprendo mejor.

Hollywood, Abril de 1931. **M. P. T.**

FRAGMENTO

¡HOMBRES en cuyas manos está hoy la vida o la muerte de un sér, de un semejante a vosotros, escuchad a quien no impulsa otro sentimiento que el del amor universal!:

¿Qué es lo que pretendéis hacer? Matar. ¿Y qué hizo aquel desheredado a quien proclamáis asesino? Eso mismo, matar. Y entonces... ¿Cómo queréis que no hagan los asesinos lo mismo que hacemos los legisladores? Decid: ¿En quiénes es más concebible el homicidio, en ellos o en nosotros? Ellos son im-

pulsivos, y nosotros perfectamente equilibrados; ellos nacieron en el fango, y nosotros a la sombra dulce de un hogar; ellos, en su niñez, no tuvieron enseñanza, y nosotros crecimos en ambiente de equilibrio y pureza; ellos carecen de luz en el cerebro, de rendajes en la voluntad, y, en cambio, surgieron a la vida con el vicio congénito, con los vértigos del pecado convulsionando sus sangres primitivas, con sus nervios groseros, con sus instintos ineducados, con todo el tropel zahareño de apetitos atávicos; y nosotros, con una inteligencia cultivada y una voluntad sujeta a reglas, con herencias benéficas, con bienestar en la vida, sin ferocidades que domar, con el sendero sin abismos, y sobre el corcel dócil al bocado. Y sin embargo... ¡vamos a matar!... ¿Por qué ponéis rostros airados cuando hieren los ciegos, vosotros que también herís con los ojos abiertos? ¿Por qué os asustáis de que caigan los cojos, cuando lo mismo hacéis los de las piernas sanas? ¿Por qué abomináis del acto del instinto ignorante, vosotros que también lo efectuáis con toda vuestra mente ilustrada?

Y contestáis: "Nosotros matamos en nombre de la Ley". ¿Qué ley es esa que viola la Suprema Ley?

Ellos mataron. Nosotros los matamos a ellos. ¿Y a nosotros, señores, quién nos mata?

"Ellos mataron por odio o por codicia", responderéis. ¿Y qué otra cosa han hecho, entre nosotros, los insurgentes de todas las épocas, los caudillos derrocadores de gobiernos? Igual cosa: matar. Matar, por codicias de mando y por odios de sectarismo. Un ambicioso que se decide; unas cuantas palabras — siempre las mismas — de esas que se guardan en las ropavejerías proclamistas y que mienten libertades futuras y edades de oro de honradez ciudadana, goteadas, como el veneno del dinamarqués, sobre los oídos cándidos de un pueblo que llevaba pólvora en la sangre; unas sugestiones pérfidas de localismos adormidos y de rivalidades parroquiales; una cuartelada, como consecuencia; doscientas bajas: ¡Dos centenares de homicidios!... ¡Todo un stock de crímenes!... Y sus autores van a la gloria, y no al patíbulo; suben por las gradas de los solios, en vez de descender por las frías de las tumbas. Ellos mataron, como el otro. Ellos mataron por codicia tambié: por la codicia del Poder, por la codicia del homenaje y de la granjería duplicada por el odio sectario y empavesada por los pompones líricos de un falso sacrificio patriótico. Y ellos no van

a morir, sino a gobernar. Y en lugar de reos, son funcionarios públicos; y arrellenados luego en las butacas parlamentarias, fabrican leyes homicidas; y, en nombre de esas leyes, arrancan la existencia de aquellos que tuvieron la mala suerte de matar sólo a uno, ¡ellos, que mataron a tantos!... Dijérase que el crimen por mayor fuera premiable, y sólo debiera haber torturas para el delito al menudeo!...

Santiago Argüello

(Del discurso pronunciado ante el Senado de Nicaragua con motivo de discutirse la solicitud de conmutación de la pena capital, introducida en la Cámara por el reo Hilario Silva).



Ilustración para NERVIO de José Planas

TEMAS MEDICOS

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA TUBERCULOSIS

LA tuberculosis es una enfermedad infecciosa, de origen muy remoto, producida por el bacilo de Koch, descubierto en el año 1882.

Dicho bacilo tiene la forma de un bastoncito con sus extremidades dobladas, recubierto de una capa cerosa que le sirve de protección, (no obstante, medio de muy escasa resistencia a la acción de los rayos solares), y segrega dos clases de toxinas: las endotoxinas y las exotoxinas.

Penetrado uno de estos pequeños seres microscópicos en nuestro organismo, si éste se halla en perfectas condiciones de salud no se resentirá; de lo contrario, es decir, hallando terreno apropiado para su evolución, comenzará (en el caso de su instalación en un pulmón) a segregar exotoxinas, por tanto, a rodearse de un círculo de tejido fibroso. Siempre que los linfocitos (glóbulos blancos), que se han agrupado para combatirlo no lo destruyan, este círculo englobará a los linfocitos

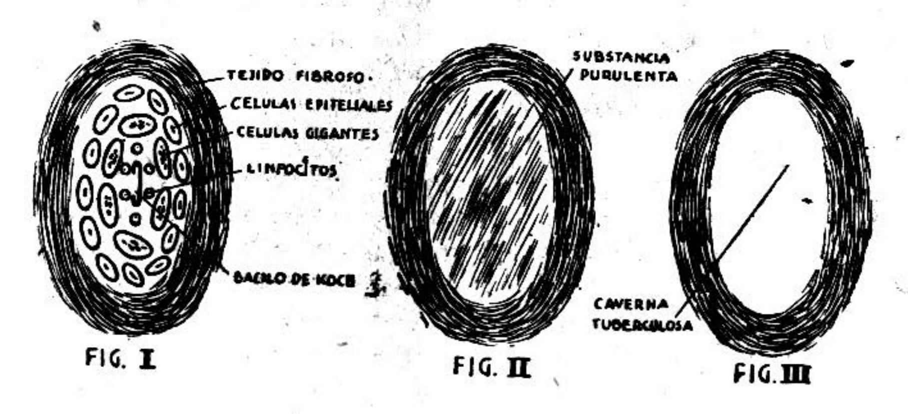


FIG. I FIG. II FIG. III

reunidos bajo forma de células gigantes y células epiteliales, teniendo constituído, así, el primer grado de la tuberculosis. (Fig. 1.)

Circunscripto todo este conjunto de elementos dentro de dicho cerco defensivo, comenzarán los linfocitos a atacar al bacilo de Koch y éste a segregar, como consecuencia de su solución de continuidad, las endotoxinas, produciendo como resultado una substancia purulenta de

consistencia semejante a la del queso blando, (caseificación), o segundo grado de la infección. (Fig. 2.)

Ahora bien, como dicho nódulo baciloso se halla en relación con los bronquios, fácil es comprender que por medio de la expectoración dicha substancia purulenta es expelida al exterior; quedando dicho nódulo vacío nos da la caverna, o sea, el tercer y último grado de la bacilosis. (Fig. 3.)

De lo antes expuesto se deduce que, como medio de contagio, el segundo período de la tuberculosis es el más grave, por ser aquel en que el sujeto portador de dicha lesión hace mayor expulsión de bacilos al exterior con la expectoración.

Conocida, rápida y someramente, la lesión, debemos pasar a estudiar la manera de reconocer los primeros síntomas de tan temible enfermedad, puesto que de la precocidad del diagnóstico depende la curación, que para el primer grado es lograda en un 80 o|o de los casos y sólo de un 10 o|o para el tercero.

Los primeros síntomas que presenta todo individuo atacado de tuberculosis son:

La pérdida del apetito, de peso y de fuerzas.

La elevación de la temperatura, que sólo es superior a la normal (36.8°) en algunas décimas, al anochecer, es decir cuando el organismo fatigado con la actividad del día no tiene tantas energías para combatir dicha infección.

La taquicardia, o sea, el aumento del número de pulsaciones.

Los sudores nocturnos, generalizados y profusos.

Y, reunido a todos estos síntomas, tenemos la tos, de una importancia capital, como que hay ciertos autores que han llegado a manifestar que sin tos no habría tuberculosis, mas ésta muchas veces puede pasar inadvertida, pues sólo se manifiesta por una ligera carraspera que no llama mayormente la atención del enfermo, pero que no por ello deja de perder su gran valor diagnóstico.

Toda persona que presente este conjunto de síntomas debe inmediatamente someterse a un tratamiento, si no quiere ver a su salud precipitarse rápidamente a un punto donde todos los esfuerzos resultarían vanos.

Si bien es cierto que el tratamiento de dicha enfermedad tiene una gran importancia, más la tiene aún el tratamiento, o, mejor dicho, las medidas preventivas. En consecuencia, veamos en qué consisten éstas, para luego de lógica conclusión sacar el curativo.

Dije al principio que la tuberculosis era una enfermedad infecciosa, pero, en cambio, no hereditaria. Es decir, que el hijo de padres tuberculosos no nace tuberculoso, sino con una predisposición a ella, que se caracteriza por el estado de pobreza orgánico, el que irremediablemente, si permanece en contacto con un foco tuberculoso, se infectará, debido a sus escasas defensas naturales.

De donde, una vez más, deducimos que no es el microbio el que produce la enfermedad, sino el terreno. Por tanto, para preservar a un sujeto de una infección bacilosa, lo priméro que debemos hacer es tratar, por todos los medios a nuestro alcance, de colocarlo en condiciones óptimas de salud.

Así como un árbol raquítico no puede dar hermosos frutos, unos padres con taras hereditarias, vicios morales y materiales, faltos o de escasa alimentación bucal (alimentos), nasal y cutánea (aire, luz y sol), y llenos de mil prejuicios implantados por la moda, como ser fajas, tacos altos y cinturas apretadas, que deforman, impiden la circulación y modifican la estática de los órganos abdominales, tampoco pueden en tales condiciones tener hijos de salud perfecta, pero en cambio, sí, ya los habrán preparado para una posible infección.

Engendrado un niño en tal estado, debido a la fuerza vital de la naturaleza acumulada en éstos, aun hay tiempo de encauzar a dicho organismo por la senda que lo desarrolle normalmente, pero, por desgracia, la mayoría de las veces no sucede así, pues las madres, por estar enfermas, o no tienen leche o la tienen mala, y muchas otras por no tomarse el trabajo de amamantarlo lo entregan a manos mercenarias o lo hacen con productos más o menos artificiales, todo lo cual no hace más que aminorar su estado de resistencia orgánica, puesto que sólo la leche materna es el único e insubstituíble alimento del niño.

Más grande ya éste, cuando la sociedad debiera protegerlo, sucede todo lo contrario. Por todos los medios se ensaña contra él, dándole una alimentacion antinatural rica al paladar, pero mala para el organismo, a base de carnes, conservas y alimentos condensados, que, sin ninguna propiedad alimenticia y bajo un título pomposo, sólo sirven para beneficiar a quien los vende y perjudicar a quien los emplea, agregado a lo cual tenemos el medio en que se desarrolla, ya sea la calle, el conventillo o la casa de inquilinato, donde la observación diaria de continuas reyertas y malos procedimientos entre los mayores influyen sobre su moral y sistema nervioso, debilitándolo aún más.

Cuando en tal estado de miseria fisiológica llega a la pubertad y

adolescencia, la sociedad, en cambio de estimular sus energías, lo encierra en una miserable habitación falta de oxígeno, aire y sol, donde no sólo no puede respirar el principal de sus alimentos, el oxígeno, sino que debe absorber, debido al hacinamiento, todas las substancias tóxicas expelidas del organismo por la expiración.

Del aire y del sol no hay que hablar, pues nunca penetrarán en esa "mansión" que debe pagar a precio de oro con su salud. Entretanto, mientras mantiene a otros que nada hacen, debe asegurarse lo suficiente con que sufragar dichos gastos y se le vuelve a enclaustrar en un taller o fábrica, con más o menos las mismas condiciones higiénicas, además de manipular, muchas veces, substancias nocivas para la salud y siempre con una tarea excesiva para su constitución orgánica; con la exigua remuneración de su trabajo se ve obligado a alimentarse mal, y, como si todo ello no bastara, hasta en los días feriados ya se encarga esa misma sociedad, que lo obliga a tales extremos, de atraerlo con ciertas "diversiones", como el "football", "box", carreras, cines, etc., para que así no tenga tiempo de instruirse y de pensar en su propia miseria y no pida, como consecuencia, lo que por ley natural le corresponde.

En tal estado de debilitamiento orgánico, fácil es comprender qué difícil le será escapar a una infección. Cuando así sucede, vemos a esa misma sociedad, causante de todo, hacerse la generosa con sus instituciones benéficas antituberculosas, sostenidas indirectamente por el mismo enfermo.

¿Es esto lógico? No. Lo lógico y lo que debe hacerse es dar a todo individuo alimento natural, habitación higiénica, donde penetre en abundancia la luz, el aire y el sol (en cambio de rascacielos y conventillos); trabajo en relación a la edad y a la constitución orgánica de cada sujeto; diversiones gimnásticas al aire libre y un salario en relación a sus necesidades y al medio en que vive.

Cuando todo esto se lleve a cabo entonces podremos decir que se ha hecho algo positivo para combatir la progresión de la tuberculosis.

En cuanto a los ya atacados, deberán colocarse en tales condiciones, a fin de que su organismo, si aun es posible, adquiera la vitalidad necesaria para oponer al temible bacilo, y para ello nada mejor que el aire, la luz y, sobre todo, el sol, verdadero dios de nuestra existencia.

Dr. P. R. Falconnet

MIRANDO VIVIR...

DICEN que una adivina profetizó la caída estrepitosa de Mussolini, para un futuro cercano.

Y nos hemos reído de la candidez de la adivina.

Cuando un gobernante como Mussolini prescinde de la demagogia de la panacea democrática y desembozadamente se rodea de un ejército de civiles mercenarios y follones vergonzantes, reclutados por medio de la violencia o del halago, puede vaticinarse, sin otros circunloquios, la inminente caída, pues que esta presunción ya alcanza a la mente del tirano, afiebrada hasta ayer por su delirio de venganza y de crimen.

Y si el fascismo fuera "producto de exportación", como afirmó jactanciosamente alguno de sus esbirros, huelga decir que habrían de repetirse todos estos síntomas de descomposición, que señalan, en el caso de Italia, su próximo resurgimiento a una vida más digna de la condición de hombre.

* * *

Toscanini se ha negado a dirigir la ejecución (musical) del himno fascista, sencillamente, porque es de técnica deplorable.

Ni en cuestión de bemoles y corcheas sirve el fascismo para hacer algo bueno, aunque se desmeollan para conseguirlo.

Pero, insatisfecha, la turba, consecuente al dogma de sus jefes, atropelló al maestro.

Ya anteriormente, con capciosas razones, apresó y se dispone a procesar al profesor Mouline, lo que originó general protesta.

Y ningún remedio fuera tan bueno, para contener esta irracionalidad, como el intentado hace poco por los sindicalistas, la Liga de los Derechos del Hombre y otras agrupaciones liberales en un mitin monstruo, en Barcelona, quienes pidieron al gobierno español ruptura de relaciones con los gobiernos fascistas de Italia y Portugal.

Y, como principio, tal vez hiciera efecto, de generalizarse, tratándose de gobierno a gobierno.

* * *

Algunas familias de La Pampa (y hemos comprobado que no tenían automóvil) han iniciado su éxodo hacia el Chaco, en vista de la imposibilidad de continuar laborando las tierras ubérrimas.

No comprendemos todavía esta paradoja del sistema actual.

Y, como al descuido, coincidiendo con esta peregrinación dolorosa, los indios, también de La Pampa, también sin automóvil, amenazaban rebelarse por lo insostenible de su situación económica.

No se rebelaron, al final, no sabemos por qué...

Y aquí, en la populosa e indiferente Buenos Aires, andan los gauchos càntando loas al "hijo'el pais" y tejiendo ponchos de vicuña, cuando los auténticos nativos son proscriptos y no merecen siquiera un vagón ganadero que los transporte al Chaco.

También a ellos, a pesar de que son feos y no usan legendarios facones ni guitarras sonoras...

* * *

El flamante gobierno español se ve en figurillas para conciliar su demagogia de libertad con los hechos.

¡Triste final de todos los gobiernos!

Achaca a ciertos elementos de recurrir a "desórdenes" para demostrar con ello que la república reprime con igual violencia y a costa de la misma sangre trabajadora que la monarquía liquidada.

Es pueril el argumento, desde que cualquier otra república, (y todas son malas, desde Rusia y Alemania hasta la de Liberia), podría servir para el caso.

Pero, he aquí que la república es el nuevo obstáculo en España. Tal vez, como la monarquía, dijo con todo cinismo que el pueblo no está preparado para disfrutar de ciertas libertades.

Y se empeñará en sofocar los "desórdenes".

Precisamente, cuando el pueblo, hoy como ayer, es consciente de lo que pide...

V. P. F

TEATRO

JUANITA TENORIO

Nos dice su autor, o así consta en el programa de mano, que ha querido hacer "una especie de Don Juan Tenorio con polleras", pero, o ha querido muy poco o no ha sido capaz de más. Esto, preferimos no averiguarlo.

Sometida la pieza a un análisis seudoquímico, se obtiene este resultado:

Contenido de Juanita Tenorio

Extracto de vodevil	50 o|o
Influjo de sainete	20 „
Vestigios de G. M. S.	10 „
Astrakán de P. M. S.	5 „
Lugares comunes	10 „
Elemento personal	5 „

Corolario: jamás el "nihil novum" bíblico pudo aplicarse con mayor justeza a obra alguna.

Con menos rigor crítico, podríamos decir que el señor Agustín Remón ha querido ofrecer a Evita Franco un pretexto para que luciera sus "cualidades" o **incualidades** de comedianta, despreocupada y superficial, pero de ahí al pretencioso título y al, más aún, pretencioso propósito de trazar el equivalente femenino de Don Juan, queda mucho por hacer.

En vano el conjunto del Ateneo se esfuerza por dar vida a una obra tan desprovista de ella, entre los que se destacan, en primer término, la maniquí a la que fué destinado el modelo, Ana Arneado, imitando bien a la argentina afrancesada, y Carlos Bouhier, mesurado y dueño del rol, si bien es cierto que ninguno de los papeles de la obra presenta dificultades ni exige estudio muy serio.

El público, escaso y frío, acoge la obra con respeto, que es lo menos a que puede aspirar un autor.

Y mientras vamos olvidando lo que acabamos de presenciar, se nos

ocurre pensar lo injustamente que se quejan los actores y autores de la indiferencia del espectador.

Unos y otros se han empeñado en hacer del teatro, que nació todo pasión e interés, una cosa trivial e intranscendente. No es extraño de que la gente prefiera quedarse en el hogar, más o menos confortable, o ir al cinematógrafo, que si es tan hueco ofrece mejores perspectivas y mayores superficies.

El teatro sólo puede salvarse calándose la escafandra y penetrando en las honduras a que la cámara no puede llegar.

Pero va corriendo la temporada del año.

Y nosotros, que nos habíamos hecho el propósito de comentar solamente obras de mérito, por no dejar la sección en blanco, nos ocupamos de "Juanita Tenorio".

EL HOMBRE DESHABITADO

Alberti, uno de los más claros valores de la poesía castellana, ha entrado en el teatro dando una batalla, aunque menor, semejante en algunos aspectos a aquella célebre del siglo pasado en que Hugo, con Hernani, ganaba definitivamente la causa romántica.

Alberti ha escrito un auto sacramental a la manera de los clásicos españoles, y María Teresa Montoya, la gran actriz americana, lo puso en escena en Madrid.

Este ha sido el estreno más sonado del año y, según afirman algunos, el primer acto de la revolución que va a operarse en el teatro español.

Algún día también la haremos por aquí .

LA CRISIS DEL TEATRO

Hace poco tiempo se reunieron los directores de los principales teatros de Berlín, París, Viena y algunas otras ciudades importantes, (la nuestra no tuvo representantes), en el Deutsch Theater de la capital alemana, mundialmente conocido por sus famosos directores Max Reinhart y Otto Brahm, para dar a conocer públicamente sus opiniones sobre la decadencia del teatro.

Lugné Poe, el director de L'Oeuvre de París, dijo que el teatro, como los dioses, necesita víctimas y sacrificios. También recordó estas palabras de Reinhardt: "Nosotros, los hombres de teatro, venimos del

ensueño y volvemos al mundo de la ficción. Nuestro triunfo y nuestra salvación están en nuestra propia miseria. Sólo vive el teatro a costa de mártires, que sacrifican llenos de pasión sus vidas en el altar de Talía."

Heinrich Mann dijo: "Yo veo la crisis actual del teatro en la falta de verdaderas obras de valor espiritual. El ser humano necesita ver reflejadas en alguna parte otras vidas que, como espejo de la suya, le hablen al alma y al espíritu. ¿Dónde podemos vivir estas ficciones? Sólo en el teatro".

Herman Zucker leyó un manifiesto de Miguel de Unamuno, en el que se excusaba de no poder asistir, y su voz fué la única que representó al teatro de nuestra lengua.

Entre sus palabras espigamos: "El teatro debe diferenciarse y defenderse del cine, en vez de querer rivalizar con él. Acción, verdadera acción dramática, la hay tanto en el monólogo de Hamlet como en las aventuras de Chaplin. Una sencilla palabra puede ser acción, como el caso de Demóstenes... Y la más brillante pirueta puede carecer de acción teatral."

FILOCTETES.

CINEMA

ASFALTO

Razones de índole comercial impidieron con anterioridad el estreno de esta película filmada hace tres años en Alemania. Dirigida por Joe May, bajo la supervisión de Erich Pommer, tiene, sin embargo, la "manera" de este último director, cineasta consagrado artista en películas como "Rapsodia Húngara" y "La vuelta al hogar".

No obstante este período de tres años — algo prolongado dada la celeridad de perfección de la técnica cinematográfica — esta producción no desmerece a otras de factura discreta y recientísima. Tiene profusión de primeros planos, enfoques de una cara realizados con maestria, a los cuales habría que reprochar sólo una excesiva lentitud, que se enrostra como falta, sin dejar de tener en consideración que esa "manera" de primer término lento, es en Pommer una característica de exteriorización psicológica.

Otras escenas existen, sin embargo, de rápida concepción: la preparación y fijación del asfalto en las calles de la ciudad; de ese asfalto

sobre el cual caminarán las personas, se deslizarán los autos, y correrán y se estrellarán los ladrones y los fracasados; y enfoques, además, de tráfico, de vida intensa y apelotonada, de vértigo de ciudad moderna.

Ensamblado a estos aciertos y a estas imaginadas fallas, corre un argumento que tiene instantes de vigorosidad e intersticiones de vida real, pero que pudo ser más acabado, menos fijado a ese concepcionalismo europeo del cinematógrafo, y, — esta vez al final — dilatado en sus fallas por ese plúmbeo sentimentalismo alemán.

Falla el andamiaje de la historia en esta película alemana. Esa ladrona de alta escuela, enamorada después de una provocada posesión ladrona de alta escuela, enamorada, después de una provocada posesión con sus triquiñuelas artificiosas,demasiado "cinematográficas" quizás.

Tres artistas notables animan en primer término la endeblez de esta trama. Betty Amann, que hace una "vampiresa" atractiva y un tanto aproximada a lo real; Carl Frolich, que vistiendo uniforme de policía se muestra expresivo y seguro y consigue "primeros planos" de emoción, y Hans Schlettow, verdadero artista que se hace notar en un papel muy secundario.

NOTA: Esta crónica debió haber aparecido en el número anterior, no habiendo sido posible por razones de espacio.

CINE CLUB DE BUENOS AIRES

Se realizó una exhibición de aficionados; películas de 16 milímetros, con aparatos manuables de filmación, que colocan en manos del aficionado un valioso elemento de superación artística.

La exhibición fué precedida por oportunas palabras aclaratorias, recalcando el disertante las nuevas posibilidades de arte de esta "democratización del cinema, que es al arte cinematográfico actual, lo que el advenimiento de la rotativa moderna fué para el libro.

Se pasaron pequeñas cintas documentales; y desde el comienzo del acto se advirtió con alguna sorpresa, la realidad — salvo pequeños errores de técnica — de un núcleo interesante de aficionados. Y, lo que es más, se advirtió el ancho campo de experiencias artísticas a que puede dar lugar el "film" de 16 milímetros.

Entre las películas expuestas — todas ellas parcialmente logradas — se destacaron, por la nitidez de la fotografía o la belleza de los escenarios naturales, "El ralentisseur en 16 mm.", por G. W. Hayes; "Palomas", de J. M. Méndez; "Imágenes Urbanas", de Carlos Connio y, no obstante fallas de proyección, "Experiencia de Montaje", por M. Cassano y L. Klimovsky.

Precedió a todo esto una divulgación de las teorías de Einstein sobre la relatividad, que llenó el objetivo propuesto por la sencillez de la exposición.

Organizó esta exhibición el Cine Club de Buenos Aires, y tuvo lugar en Los Amigos del Arte la noche del 13 de mayo último.

ALFO.

BIBLIOGRAFIA

MISION DE LA UNIVERSIDAD

Por José Ortega y Gasset.
Edit. Revista de Occidente.

Un opúsculo, originariamente una conferencia, pronunciada para la federación universitaria en el Paraninfo de la Universidad Central, de Madrid.

La F. U. E. solicitó del maestro su opinión sobre reforma universitaria, y éste no vaciló en llevar su docta palabra al seno de la juventud estudiosa e interesada por una obra tan de actualidad y tan de todas partes.

Así, las apreciaciones y conceptos expuestos podrían ser trasplantados, con ligerísimas variantes, a todos los centros docentes.

Porque los males de que adolece la universidad española los padece la nuestra y la del vecino, y la urgente reforma apremia tanto aquí como en Madrid.

Es, el que nos ocupa, un pequeño volumen muy pulcramente impreso, que rebosa humana sabiduría y bien logradas experiencias. Ha penetrado su autor en la entraña de la materia y ha logrado definiciones preñadas de significación.

El limitado espacio disponible nos impide extractar algunas de ellas.

No obstante, significamos desde aquí su crítica sobre "usos" y abusos de la Universidad, su plan de reformas y la extensión del radio al que debe llevar su influencia.

Los agudos problemas de la educación y preparación del "profesional", la manera de que la Universidad pueda ser concurrida por todas las capas sociales, su decisiva influencia en la extructuración de la nueva sociedad, etc., son analizados y resueltos con criterio, moderado

con respecto a determinadas teorías, pero, con la propiedad del que ha experimentado en carne propia, como alumno primero y luego como profesor, los inconvenientes y torpezas de la vieja universidad, tipo monacal.

Resumiendo: un libro que se lee con entusiasmo creciente, por lo interesante del tema, por la fluidez y precisión de su prosa y por su rara concisión, que, siguiendo el viejo proverbio, equivaldría a un nuevo mérito.

TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PROLOGO

Por Miguel de Unamuno.
Edit. Espasa-Calpe, S. A.

Nos dice el autor, al comienzo de su libro, que lo mismo podía haber puesto como título "Cuatro Novelas Ejemplares", porque también el prólogo es una novela, "la novela de mis novelas", dice el maestro.

Interesa el libro desde el principio, porque es como si antes de ver una estatua penetráramos en el estudio del artista y contempláramos, primero, los gérmenes-ideas y, después, la realización progresiva de ella.

Las tres novelas a que alude el epígrafe, y bien ejemplares en verdad — mas no de ejemplaridad pacata — se titulan, respectivamente, "Dos Madres", "El Marqués de Lumbría" y "Nada Menos que Todo un Hombre".

Como en las buenas obras de este gran escritor, como él es, carácter rabiosamente individual de una pieza, así, los protagonistas de sus novelas viven o se dejan vivir sus vidas con perfiles inconfundibles.

La última de las tres es sobradamente conocida de todos, a través del libro y de la escena, y las otras dos, la verdadera novedad o primicia del libro, son dignas de antecederla, sirviendo la escala para ascender a la soberbia creación que importan Máximo Gómez y Julia Yáñez.

Ambas obras parecen esperar la mano del teatralizador — la primera está dialogada en forma teatral — porque se da la paradoja de que, mientras el autor no ha podido lograr un triunfo legítimo en el escenario, sus obras acusan marcadas características de teatralidad.

No relatamos, así sea en síntesis, el argumento de las dos novelas por creer que con ello malograríamos al posible lector una inolvidable desfloración, limitándonos, en consecuencia, a ponderarle el libro con todo encarecimiento.

En lo tocante al léxico, el autor, gran conocedor de él, puede permitirse experimentos que algunas veces aparentan arbitrariedades, y que son como la impronta al creador.

PROBLEMAS TRANSCENDENTALES

Con este título ofrece Federico Urales, en la colección de La Revista Blanca, una recopilación de ensayos de Fernando Tárrida del Mármol, aparecidos en diversas publicaciones europeas. Entre nosotros, acogió sus trabajos "Fray Mocho".

Ensayista hábil y polemista formidable, sus artículos científicos significan aportaciones valiosísimas al común acervo y en la hora de su aparición fueron objeto de comentarios diversos.

Mas, con su prematura muerte, acaecida en Londres el año 1915, quedó desperdigada su obra.

Por tal circunstancia, es altamente encomiable la labor de Urales al ofrecernos esta compilación de una parte de sus trabajos, dando forma y permanencia a lo que parecía condenado fatalmente al olvido injusto.

El libro de Tárrida del Mármol contiene abundantes y valiosos temas de estudio y observación, y su notable dialéctica contribuye a clarear asuntos que, tratados por otros autores, serían inaccesibles al lector profano en ciencias naturales.

Basta leer el índice del volumen, para comprender el enorme interés que encierra y sentir deseos de penetrar en sus páginas. Hay ensayos, como "Los Siete Enigmas del Universo", "Los Milagros, la Química y la Sugestión", "La Sensibilidad Molecular de los Minerales", "La Piedra Filosofal". "El Cero de la Autoridad", "La Ayuda Mutua y la Lucha por la Existencia" — estudio comparativo de las doctrinas de Kropotkine y Darwin' — "Misión de la Máquina en el porvenir", "El último Enigma, la Gravitación", etc., entre los veintiocho que contiene, bastantes a compensar su lectura.

La maestría del autor logra que esos temas, de suyo complejos, se lean con el agrado e interés creciente de una fábula, convirtiéndose la sequedad científica, al pasar por sus manos, en asunto jocundo y deleitable.

Urales ha destacado en un cálido prólogo las excelsas cualidades y normas de vida del pensador, cuánto trabajó y cuán importante parte de la obra de este prodigioso divulgador se ha perdido, lamentablemente, para siempre.

I. A.

EL PESCADOR DE ESPONJAS

Por Panait Istrati. Edit. Zeus

Cinco narraciones; exteriorizaciones de un hombre que, como Panait Istrati, no ha hecho sino torturarse en la preocupación angustiosa de hallarse a sí mismo. El autor, que en algún otro libro fustigaba con furor de iconoclasta, depone aquí su tono agresivo, divorciado como siempre del dislocamiento lexicológico, pero no de las maneras agradables ni del lenguaje lírico; pero, como siempre, sincero y apasionado.

En sus narraciones exalta, sin querer dar un ejemplo discutible, al hombre dueño de sí mismo, algo alejado de la sociedad. De esta ausencia nace cierta personalidad recia y bien diferenciada de vagabundo incorregible que sigue sus impulsos vitales, se deja arrastrar por el torbellino de la vida, vive en su torrente y palpita en su todo complejo y heterogéneo. En esa vida de nómada voluntario, conoce hombres y hombres, los trata, bucea en ellos, explora estratos profundos; ha sufrido y desengañado, pero aún cree en ellos con dignidad de sufrimiento superado y no insinúa jamás la frase pedantesca de aquel escritor que aseguraba marcharse al bosque, porque entraba allí en un mundo nuevo donde el hedor de las fieras era más tolerable que la presencia del hombre.

Istrati objetiva la realidad y sus sensaciones personales, y moviéndose en su dilatada órbita que no se sujeta a dogmas, sabe expresar con valentía y exponer con equilibrio.

En "El pescador de esponjas" se advierte una hermosa exaltación de la amistad, considerada, claro está, en un plano no muy accesible que digamos.

Dos de esos relatos — animados por ese elemento principalísimo, "Entre la amistad y un estanco" y "Sotir", son confesiones autobiográficas, que cobran a través del libro acentos perdurables.

Vuelve a elevarnos con su último libro el admirable autor de "Kira Kiralyna".

ACORRALADOS

Por Juan Carlos Mauri. Edit. Claridad

"Claridad' ha publicado pulcramente, en un pequeño libro, la trabajosa elección del primero y único premio de su, también, primero y único torneo literario.

Un prólogo discretamente conceptuoso nos advierte de la juventud del compañero Mauri y nos dice de una vocación que predispone a la comprensión y a la simpatía.

Leímos el libro, compuesto de 11 breves bocetos dramáticos. Su lectura no es fatigosa, y en esto, para un autor novel, va implícito un laborioso reconocimiento de aptitudes. El que inicia el volumen, "La Carga", nos parece el más logrado; hay condición de dramaturgo en él. "La Danza del Odio" nos parece también parcialmente hecho. La mayoría de los demás desmerecen a estos dos, y el acento dramático se hace excesivo en ellos; hay predisposición, casi inevitable de juventud, al melodrama.

Se advierte en Mauri un léxico breve, cortante, ceñido, si se quiere, demasiado a la realidad de todos los personajes de sus bocetos, seres sencillos, de sentimientos simples. Esta manera de expresión demasiado breve, le resta a sus figuras los relieves psicológicos más ocultos.

En resumen: un libro promisor y un autor de posibilidades, de quien esperamos obra más lograda.

"Acorralados" se agrega, con valores equiparables y discretos, a la colección Claridad de "Los Nuevos".

CONCURSO MUNICIPAL

Pensábamos subscribir cuatro feas palabras acerca del último, pero esta vez parcial desacierto del Jurado anual, más la línea de rectitud desacostumbrada que estamos dispuestos a mantener nos lo impide; y nos lo impide, además, la íntima convicción de que las barbaridades no se remedian con otras barbaridades, como creen algunos papanatas.

Así, olvidados de alguna lamentable inclusión, vamos a expresar sencillamente nuestra protesta por la exclusión de Roberto Mariani, escritor bueno en nuestro medio, autor excelente de "Cuentos de la Oficina", a quien se pudo otorgar siquiera el tercer premio, que es, por otra parte, el único que suele otorgarse en esta capital a los escritores de dotes.

A. L.

NOTAS

ELIAS CASTELNUOVO HACIA LA U. R. S. S.

Nuestro colaborador Elías Castelnuovo, de quien conocemos buenas producciones literarias, un izquierdismo definido y una línea moral recia y diferenciada, se marcha al país de los juicios rabiosamente contradictorios: Rusia. Se dispone a recoger impresiones, otear nuevos ambientes, escuchar buenas y malas palabras, y grabar, si es posible, una visión optimista de honda sinceridad. Que la estrella un tanto apagada de la U. R. S. S. le sea propicia; y que desde allí nos envíe, no sopesada aún, la independencia de su juicio y una visión certera que no rinda tributo a los convencionalismos hueros, ni a las cataplasmas de lo oficializado.

Va desde aquí un saludo más que cordial y el reconocimiento anticipado y hondo a una realización que esperamos.

JORGE F. NICOLAI SE MARCHA A EUROPA

Si es verdad que un grande hombre precisa de ciertas actitudes de superioridad y rebeldía, el profesor Jorge F. Nicolai tuvo esos gestos concluyentes en este país, en la mojigata y conventual Córdoba.

Ha sabido siempre hacer vibrar su palabra cuando el silencio preestablecido de los más tornaba características de orden caudillesca y acatada.

El hálito de esa inflexibilidad moral, de esta conciencia irreductible, encabritó el temor de los cervatos declarados, en ese antro de profesores a sueldo, fatuos y envanecidos, y en cuyas insufladas molleras se adhiere solamente el parche poroso de lo oficializado.

Este extranjero de dignidad extraordinaria supo derruir con conceptos de futuro algún pilar de esta Babel americana.

Y este mismo hombre de futuro, a quien Romain Roland calificó de gran europeo, vuelve al continente que supo aquilatar sus grandes méritos.

Nos ha enseñado y nos ha dado su ejemplo: ha sufrido también, bueno es anticiparlo, con clara conciencia de camino recorrido.

Deploramos su ausencia, pero nos conforta la íntima convicción de una solidaridad de hombre libre que no reducirá las distancias.

PUBLICACIONES DIVERSAS RECIBIDAS

METRÓPOLIS.—Año I, N.° 1, Finalidad Teatro del Pueblo. — Colaboraciones de Castelnuovo, Yunque, Barletta, etc.

LIBERACIÓN. — N.° 1 al 8. Organo de la I. M. A. Cap.; dirigida por el profesor Pedro B. Franco.

MEGÁFONO. — N.° 7, Cap.

MUJER. — N.° 1, año I. Capital.

DIE, FRIEDENSFRONT, y apéndice: DEUTSCHE ZUKUNFT. — N.° 8. Director: Dr. Arnold Kalisch.

REVISTA BLANCA. — N.° 191. Barcelona.

EL LUCHADOR. — N.° 15-16. Barcelona.

LA NOVELA IDEAL. — N.° 245-246. Barcelona.

RESSORGIMENT. — N.° 178. Capital.

Todas las colaboraciones son rigurosamente inéditas y especialmente escritas para "NERVIO"

Redacción y Administración: Vera 572

Correspondencia y valores a nombre de S. Kaplan

Suscripción anual, $ 2,50 Número suelto $ 0,20

LECTOR!!

A fin de propiciarnos un medio más de arbitrar fondos para el sostenimiento de NERVIO, hemos decidido establecer un amplio servicio de librería, en la seguridad de que todos aquellos que simpaticen con la obra cultural que nos hemos propuesto realizar con la revista, nos presten su ayuda adquiriendo sus libros por nuestro intermedio.

Barret Rafael	Páginas dispersas	$	1.00
id.	Diálogos, conversaciones y otros escritos	„	1.00
id.	Lo que son los yerbales paraguayos	„	0.50
Barcos Julio	La libertad sexual de las mujeres	„	2.00
Brumana Herminia	Cabezas de mujeres	„	2.00
Castelnuovo Elías	Entre los muertos	„	1.00
Cabet E.	Viaje por Icaria (2 tomos)	„	4.00
Forteza J. R.	Rafael Barrett, su obra, su prédica, su moral	„	1.00
Gille Paul	Esbozo de una filosofía de la dignidad humana	„	1.50
Istrati Panait	Kyra Kyralina	„	1.50
id.	Mi tío Anghel	„	1.50
id.	Los Aiducs	„	1.50
Ingenieros José	Los tiempos nuevos	„	1.50
London Jack	Un perro de circo	„	0.80
Lacerda de Moura	La mujer es una degenerada? (encuadernado)	„	2.50
Marestan Juan	La educación sexual	„	1.80
id.	El matrimonio, el amor libre y la libre maternidad	„	1.00
Morris William	Noticias de ninguna parte	„	0.50
Multatuli	Páginas selectas	„	0.50
Palcos Alberto	El genio	„	3.00
id.	La vida emotiva	„	2.50
Puente Isaac, Dr.	Embriología	„	1.75
Ryner Han	El aventurero de amor	„	1.30
id.	Pequeño manual individualista	„	1.00
id.	El quinto evangelio	„	1.30
id.	El subjetivismo	„	0.50
id.	Los artesanos del porvenir	„	0.40
id.	La filosofía de Ibsen	„	0.15
id.	Los grandes problemas del alma humana	„	0.30
id.	Los esclavos (drama filosófico	„	0.25
id.	Variedades del individualismo	„	0.15
Reisig Luis	La campaña del general Bulete	„	2.00
Stresoff Samuel	Anga (memorias de un emigrante)	„	1.00
Sánchez Viamonte	Jornadas	„	2.00
Tolstoi León	Anissia	„	1.50

Puede pedírsenos, así mismo, cualquier otra obra que no figure en la presente lista.

Los pedidos acompañados del importe a nombre del administrador S. Kaplan, Buenos Aires.